Soledad Loaeza
Claudio Stern
coordinadores

1940
EL COLEGIO
DE MÉXICO
1990

LAS CLASES MEDIAS EN LA COYUNTURA ACTUAL

33

301.082
C961
no.33

CUADERNOS
DEL CES
EL COLEGIO
DE MÉXICO

LAS CLASES MEDIAS EN LA COYUNTURA ACTUAL

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

CUADERNOS DEL CES

Soledad Loaeza y Claudio Stern
coordinadores

Las clases medias en la coyuntura actual

Seminario llevado a cabo en el Centro Tepoztlán, A.C.

Tepoztlán, Mor., 26 de septiembre de 1987

Centro Tepoztlán

EL COLEGIO DE MÉXICO

Portada de Mónica Diez Martínez

CREATIVE COMMONS

Primera edición, 1990

D.R. © El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Sta. Teresa
10740 México, D.F.

ISBN 968-12-0442-5

Impreso en México/*Printed in Mexico*

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 7

CONVOCATORIA Y PROGRAMA DEL SEMINARIO "LAS CLASES MEDIAS EN LA COYUNTURA ACTUAL" 11

LISTA DE PARTICIPANTES 15

PONENCIAS 17

1. Notas para la delimitación de las clases medias en México. *Claudio Stern* 19
2. El impacto económico de la crisis sobre la clase media. *Salvador de Lara Rangel* 29
3. Algunas reflexiones sobre el impacto económico de la crisis en las clases medias. *Norma Samaniego de Villarreal* 51
4. El comportamiento político de las clases medias en la crisis. *Soledad Loaeza* 69
5. La oposición política y la idea de democracia entre las clases medias en la coyuntura actual. *María Luisa Tarrés* 77
6. Clases medias y cultura nacional. *José Joaquín Blanco* 89

OTRAS CONTRIBUCIONES DE PARTICIPANTES 97

7. Sobre la definición de las clases medias en México. *Manuel Villa Aguilera* 99
8. Notas sobre el seminario "Las clases medias en la coyuntura actual". *Saúl Trejo Reyes* 103
9. Clase media y capital social. *Larissa Adler Lomnitz* 107
10. Efectos psicológicos de la crisis sobre las clases medias. *Agustín Palacios* 111

PRESENTACIÓN

El 26 de septiembre de 1987 se llevó a cabo en el Centro Tepoztlán una reunión sobre "Las clases medias en la coyuntura actual". El interés de los organizadores del seminario —Claudio Stern y Soledad Loaeza— estaba guiado fundamentalmente por una preocupación compartida por amplios grupos de opinión respecto al impacto que el deterioro económico de los últimos seis años había podido tener sobre el nivel de vida de los grupos intermedios de la sociedad, así como sobre sus actitudes políticas y su comportamiento social. Al igual que lo realizado en otras reuniones celebradas en el Centro Tepoztlán, no se trataba de analizar a estos grupos y su situación dentro de una perspectiva académica, sino que el objetivo era ampliar el marco de la discusión de manera que recogiera vívida y seriamente la información, el conocimiento, las impresiones y opiniones de participantes que ofrecieran una apreciable variedad de perspectivas. Por esta razón se invitó a la reunión a un grupo diverso de participantes: sociólogos, economistas, historiadores, antropólogos, empresarios, psicoanalistas, representantes de sectores de la clase media y hombres de partido. La diversidad se buscó con el objeto de multiplicar los puntos de vista y así enriquecer la discusión y el conocimiento de cada uno de los participantes. Los miembros del grupo tenían en común con los organizadores la curiosidad y el interés por el tema de las clases medias; se pensó que quizá de la discusión y reflexión común sobre el tema saldrían ideas y datos interesantes para el esclarecimiento de algunas cuestiones relacionadas con el mismo, como había sido el caso con otras reuniones propiciadas por el Centro Tepoztlán.

La reunión estuvo formada por tres sesiones cuyo propósito fue discutir respectivamente los aspectos económicos, políticos y culturales de las clases medias mexicanas y relacionarlos con el contexto general que han creado la inflación y la recesión de los últimos años. Cada una de las sesiones se inició con una breve

presentación que tenía por objeto sentar los márgenes de la discusión, definiendo algunos conceptos y delimitando alcances. Pese a las dificultades que supone en ocasiones identificar las convergencias entre participantes con inquietudes e intereses afines, pero con experiencias muy diversas, los intercambios fluyeron con una extraordinaria facilidad.

A lo largo de las discusiones fueron apareciendo coincidencias básicas entre los participantes que revelaron, no obstante que este tema parece tan difícil de cerca, la existencia de determinados acuerdos que permitieron la expresión de un lenguaje común. Así, la importancia de las clases medias para la estabilidad a largo plazo fue un punto de coincidencia inicial, al igual que algunos de los criterios esenciales de definición y de los elementos de su universo simbólico y de su cultura política. Algunos asistentes señalaron la importancia de la vinculación entre las clases medias y las élites políticas y culturales; también se discutió el problema de la movilidad social y de su relación con estos grupos, así como los posibles efectos políticos y psicológicos de la pérdida de dinamismo de este proceso, como consecuencia previsible de una recesión prolongada. El grupo también estuvo de acuerdo en que el nivel de vida de sectores importantes de las clases medias se ha deteriorado y que se han visto obligados a modificar su consumo, cambio éste que necesariamente incide también sobre sus percepciones políticas. Surgieron cuestiones cruciales como la seguridad y la corrupción, que han provocado en el seno de estos grupos reacciones encontradas e incluso contradictorias con respecto a sus valores y símbolos.

El tema que suscitó mayor polémica fue, como era de esperar, el de la participación política. De hecho las clases medias han sido el grupo social que de manera más consistente ha manifestado su descontento con la situación que prevalece, sobre todo por la vía electoral, fenómeno que se ha expresado en comicios cada vez más disputados. La movilización de estos sectores en torno a las urnas como medio para manifestar su desacuerdo con la política gubernamental ha coincidido en el periodo reciente con un significativo desprestigio de la institución presidencial. De tal suerte, la protesta de la clase media ha evolucionado muy rápidamente hacia un repudio más o menos amplio de prácticas de poder y de algunas de las instituciones centrales de la estructura política mexicana, en particular del partido oficial.

A este respecto surgieron las discrepancias más notables entre los participantes en el seminario, porque mientras unos insistían en la naturaleza revolucionaria, o cuando menos progresista,

de las clases medias, otros insistían en el carácter fundamentalmente conservador de estos grupos. Asimismo, algunos subrayaron el activismo político de las clases medias como una de las explicaciones centrales de la movilización electoral reciente, pero otros hicieron notar que la pasividad y el conformismo también son comportamientos a los que han recurrido estas clases en el México reciente y aún en la actualidad. El grupo coincidió en que las demandas de democratización de las clases medias, así como su repugnancia ante la corrupción y las denuncias que han hecho de la misma, constituyen elementos esenciales del cambio político que se anuncia en los tiempos por venir.

Las discusiones que se desarrollaron en el seminario fueron enriquecedoras y sugerentes aunque de ninguna manera exhaustivas. En más de un aspecto provocaron más preguntas que respuestas, y en ese sentido generaron un material abigarrado de reflexión. Desafortunadamente, las sesiones no fueron grabadas y tampoco hubo oportunidad de contar con un relator. No obstante, el interés suscitado llevó a los participantes a convenir en la publicación de los materiales presentados, así como de documentos que los invitados harían llegar a los organizadores, vertiendo algunas de las ideas expresadas por ellos en la discusión.

Los materiales que aquí damos a conocer contienen:

a) El documento de presentación, el programa y la lista de participantes; *b)* las notas y documentos entregados por los ponentes que tuvieron oportunidad de verter algunas de sus ideas y conocimientos por escrito, y *c)* los documentos entregados por otros de los participantes en el seminario.

Esperamos que la publicación de estos materiales permita compartir con un público más amplio preocupaciones e impresiones sobre un tema que sigue siendo fundamental para la comprensión no sólo de la coyuntura actual, sino también de grandes trechos de nuestra historia reciente.

CONVOCATORIA Y PROGRAMA DEL SEMINARIO "LAS CLASES MEDIAS EN LA COYUNTURA ACTUAL"

SOLEDAD LOAEZA
CLAUDIO STERN

En los últimos cinco años, las clases medias han vuelto a ocupar un lugar importante en las preocupaciones de estudiosos y observadores de la realidad social y en los cálculos y consideraciones de políticos y administradores. Este renovado interés se explica en primer lugar porque desde finales de los años sesenta, y más concretamente desde la crisis política de 1968, quedó de manifiesto que una de las condiciones clave de la estabilidad del sistema político era el apoyo de las clases medias.

La profunda crisis económica que vive el país desde 1982 ha puesto en entredicho este apoyo, o al menos así lo han pensado muchos a la luz de las severas críticas que han aparecido en los medios de comunicación, de algunas tentativas de organización extrapartidista con fines de seguridad o de protesta contra la inflación, y de los problemas electorales que han surgido también desde 1982.

El fenómeno económico que a corto plazo y de manera inmediata más ha afectado a las clases medias es la inflación, que devora su ingreso real y las obliga a modificar sus patrones de consumo. A diferencia de sus homólogas en otros países latinoamericanos, las clases medias mexicanas han estado viviendo por primera vez en los últimos 40 años una situación de recesión económica con alta inflación que les plantea la necesidad de diseñar estrategias específicas de defensa económica y política.

Es difícil cuantificar una clase social, pero parece indudable que en términos relativos las clases medias han registrado en México un crecimiento notable desde los años cuarenta, que está estrechamente asociado al modelo de desarrollo económico que entonces se puso en marcha. Este modelo, que ha prevalecido durante casi 40 años, y por lo tanto abarca casi dos generaciones, ha sido favorable en particular a estos grupos sociales en la medida en que ha privilegiado a las ciudades con respecto al campo,

y a la industria, el comercio y los servicios con respecto a las actividades agrícolas.

Algunos de los indicadores económicos que normalmente se utilizan para calcular la proporción de la población que pertenece a las clases medias así permiten concluirlo: el desarrollo de las ciudades, del sector servicios de la economía, la mayor complejidad de la estructura del empleo, los cambios ocurridos en la distribución del ingreso. Por otra parte, otros indicadores indirectos, como por ejemplo la expansión de los servicios educativos, en particular de la educación media y superior, también sustentan este presupuesto respecto al crecimiento de las clases medias. Dada esta relación entre clases medias y modelo de crecimiento, es inevitable que las primeras se vean afectadas si este último se modifica o sufre graves desajustes.

Es probable que la crisis haya incidido de tal manera en los ingresos de estos grupos que algunas de las estrategias de defensa a las que han recurrido se vuelvan tendencias de más largo plazo, como puede ser el recurso a la economía informal, mediante la apertura de pequeños negocios familiares, algunos de ellos artesanales, o la mayor especulación con bienes y valores. También las políticas gubernamentales de reducción del aparato público pueden influir a mediano plazo en el aumento de los sectores independientes en el seno de las clases medias o en un florecimiento del libre ejercicio de la profesión.

Una vez establecidos criterios de delimitación de estos grupos sociales, brecha que conviene desbrozar al inicio del seminario, es necesario preguntarse cómo se han visto afectados por la crisis económica. Si el nivel de vida de grandes sectores de las clases medias ha disminuido en los últimos cinco años, ¿cómo se ha modificado su consumo y hasta qué punto se ha deteriorado su ingreso? Parece indispensable responder a estas preguntas, antes de hablar, como muchos lo han hecho recientemente, de "proletarización" de las clases medias. ¿Qué sentido tendría esa palabra en el México actual?

Contrariamente a lo que sostenían las más pesimistas predicciones, las clases medias mexicanas no han optado por soluciones políticas radicales en el curso de los últimos cinco años (hasta 1987). Han manifestado su desacuerdo con el funcionamiento de algunas de las instituciones vigentes y con algunas políticas gubernamentales, pero hasta ahora lo han hecho dentro de los canales establecidos de participación, tanto formales como informales. Desde este punto de vista, la crisis económica no ha modificado sustantivamente el comportamiento político de estos

grupos, aunque sus condiciones económicas puedan haber variado. Lo anterior no significa que hayan sido resueltas las incógnitas a su propósito, sobre todo porque nada indica que la crisis haya tocado fondo. La pertinencia de la discusión acerca de las clases medias aumenta por el hecho de que el tono de moderación de sus reacciones pueda explicarse porque ante la novedosa situación económica en la que se encuentran sólo responden según los patrones establecidos. Sin embargo, es válido preguntarse si la persistencia de condiciones económicas desfavorables no conduciría, casi necesariamente, a la formulación de respuestas distintas, al menos a mediano plazo.

Acerca del comportamiento político de estos grupos, habría que examinar su fraccionamiento interno, su diversificación también interna, su ideología y las relaciones que mantienen con otras clases sociales. Habría también que identificar a sus aliados y a sus adversarios, o al menos, a las fuerzas o grupos que identifican como tales.

La crisis económica parece haber incidido de manera notable sobre algunas actitudes de estos grupos frente al poder, frente a sí mismas y frente a otras clases, en buena medida porque estuvo precedida de largos años de auge, acentuado éste a partir de 1970, en los que vivieron una prosperidad y un grado de participación política y económica que les eran, hasta entonces, desconocidos. De manera que habría también que examinar hasta qué punto las clases medias siguen siendo el grupo de referencia de la sociedad, es decir, el objetivo legítimo de toda trayectoria social, el núcleo de generación de modelos ideológicos, como fueron, durante mucho tiempo, el vehículo fundamental de la identidad nacional.

En relación con el ámbito cultural se suscitan otras cuestiones de gran interés: ¿puede hablarse de una cultura o de culturas de clase media? ¿Son nuestras clases medias responsables de una "creciente pérdida de nuestra identidad nacional"? ¿Cuáles han sido las relaciones entre el crecimiento de la educación media y superior y el de las clases medias? ¿Están haciendo estas últimas un uso creciente de las escuelas y universidades privadas? ¿Qué consecuencias tendrá esto en términos de identidad cultural? ¿Qué papel están jugando los medios de comunicación masiva y, en especial, la radio y la televisión en este proceso?

La lista de preguntas importantes y pertinentes sobre el tema puede alargarse mucho. No hemos querido sino ejemplificar algunas. Creemos que alrededor de los tres temas esbozados puede suscitarse una viva y fructífera discusión.

PROGRAMA

Primera sesión

I. Presentación del tema: delimitación de las clases medias.
II. El impacto económico de la crisis sobre las clases medias. Estrategias de desarrollo y sus repercusiones en la conformación de las clases medias.

Segunda sesión

III. El comportamiento político de las clases medias en la crisis. Sus relaciones con el Estado. Partidos de oposición y política electoral. Tendencias previsibles.

Tercera sesión

IV. Clases medias y cultura nacional en la coyuntura actual. Nacionalismo y modelo de desarrollo. Educación media y superior, ideología e identidad cultural de las clases medias.

LISTA DE PARTICIPANTES

ENRIQUE ALDUNCÍN
Fondo Cultural del Banco Nacional de México
RAÚL BENÍTEZ ZENTENO
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM
VIVIANE BRACHET-MÁRQUEZ
El Colegio de México/Centro Tepoztlán
JORGE A. BUSTAMANTE
El Colegio de la Frontera Norte
LEONEL DURÁN SOLÍS
Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social
PILAR GREDIAGA
El Colegio de la Frontera Norte
BERTHA HERNÁNDEZ
Fundación Ford, Oficina para México y Centroamérica
PEDRO FÉLIX HERNÁNDEZ
Universidad de las Américas
SALVADOR DE LARA RANGEL
Instituto Nacional del Consumidor
SOLEDAD LOAEZA
El Colegio de México
CLAUDIO LOMNITZ
El Colegio de México
LARISSA ADLER LOMNITZ
Instituto de Investigaciones en Matemáticas Aplicadas, UNAM
AGUSTÍN PALACIOS
Médico psicoanalista
RAMÓN PARRES Y AMPARO R. DE PARRES
Asociación Psicoanalítica Mexicana
HUMBERTO RICE
Partido Acción Nacional
OLIVIA RUIZ
El Colegio de la Frontera Norte
NORMA SAMANIEGO DE VILLARREAL
Comisión Nacional de los Salarios Mínimos
RODOLFO STAVENHAGEN
El Colegio de México/Centro Tepoztlán
CLAUDIO STERN
El Colegio de México/Centro Tepoztlán

MARIA LUISA TARRÉS
El Colegio de México
SAÚL TREJO REYES
El Colegio de México/Centro Tepoztlán
MANUEL VILLA AGUILERA
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM/El Colegio de México
GERMÁN SEIJAS
El Colegio de México/Centro Tepoztlán
SERGIO ZERMEÑO GARCÍA GRANADOS
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM

PONENCIAS

1. NOTAS PARA LA DELIMITACIÓN DE LAS CLASES MEDIAS EN MÉXICO

CLAUDIO STERN
El Colegio de México

El tema de las clases medias en la coyuntura actual ha sido poco debatido y quizá también poco estudiado. No cabe duda que las clases medias ocupan un lugar importante en la estructura económica, social y cultural de México y que constituyen un sector social estratégico en la coyuntura política actual.

Me corresponde hacer un intento por desbrozar un poco el camino para delimitar el concepto de clases medias (tarea en la cual me acompañará en seguida Soledad Loaeza).

A pesar de lo fascinante que resultaría, no entraré aquí en la compleja discusión que han sostenido los científicos sociales durante más de un siglo sobre el estatuto teórico del concepto de clase social y sobre la manera de aprehenderlo en el análisis sociológico.

Menciono de paso solamente que el concepto "clase social" es utilizado para denotar desde agregados de individuos o de familias que comparten determinado nivel de vida y que pueden ser ubicados en forma jerárquica (clase alta, media, baja y demás calificativos como popular, media-alta, etc.), hasta grupos que actúan en forma cohesionada para imponer o defender sus intereses en el contexto de cada uno de los sistemas económico-político-sociales que han caracterizado el devenir de las sociedades humanas (así, nobleza y aristocracia; burguesía y proletariado, etc.). Entre ambas clasificaciones podemos ubicar la utilización del concepto para denotar grandes agregados que comparten funciones semejantes en el sistema económico y social, como cuando hablamos del campesinado, de la clase obrera, la clase política, etcétera.

Esta diversidad de denotaciones se traduce inevitablemente en una multiplicidad de criterios para delimitar las clases sociales, lo cual seguramente se hará evidente a lo largo de este seminario. Es probable que en la primera sesión, sobre el impacto económico de la crisis en las clases sociales, predomine la primera acep-

ción mencionada (la denotación jerárquica) y que los criterios que se utilicen para delimitar los sectores o clases medias estén relacionados con los niveles de vida de agregados de la población. Casi seguramente se hablará de varios sectores o clases medias y no de uno solo o una sola.

En la segunda sesión, sobre las clases medias y la política, predominará sin duda la segunda acepción mencionada y saldrá inevitablemente a la luz el problema teórico del concepto de clase. ¿Constituye realmente la clase media un actor social (o sujeto social como suelen decir ahora mis colegas)? Como tal, ¿es uno o son varios actores? ¿Es el mismo o cambia a través del tiempo? ¿Qué grupos forman esta clase, qué intereses defienden y frente a quién? ¿Qué papel juegan en nuestra sociedad?

En la tercera sesión, sobre cultura y clases medias, seguramente figurará de manera central un criterio que aún no he mencionado y que es de la mayor importancia: el de lo simbólico, que permite la identificación y la relación social con unos y su delimitación con respecto a otros, y que constituye un elemento necesario para la cohesión y la acción conjunta.

¿Estoy anticipando que en cada sesión se manejará un concepto distinto de clase media y que por consiguiente vamos a estar hablando sobre tres cosas distintas? No lo creo. Estaremos enfocando aspectos muy diversos pero relacionados entre sí de un tema complejo y, en mi opinión, repito, muy poco estudiado.

Y bien, dicho lo anterior y a pesar de todas las limitaciones que implican los esfuerzos que se hagan en ese sentido, me parece útil y necesario ofrecer algunos elementos para delimitar a las clases medias en México y para enmarcarlas en la evolución reciente del país.

Entre los criterios disponibles para delimitar a las clases sociales hay uno que a mi entender podría considerarse como estratégico: la ocupación que tienen los individuos. Para desempeñar una determinada ocupación se requieren ciertos conocimientos y habilidades (educación, escolaridad); el desempeño de las diversas ocupaciones conlleva a su vez remuneraciones diferentes (ingresos, riqueza). Los tres elementos mencionados (ocupación, educación, ingresos) no sólo se correlacionan entre sí sino que se traducen en formas de vida diversas, tanto en función de lo que la naturaleza de la ocupación y el nivel de educación y de riqueza permiten (indicadores de carácter objetivo como lugar de residencia, tipo de vivienda, nivel de consumo, etc.), como de los valores y actitudes asociados a ellos. Ambos tipos de elementos se combinan a su vez para derivar en complejos simbólicos

(cultura) que dan sentido a los grupos que los comparten y permiten que pueda llevarse a cabo una acción colectiva, de clase.

No quiero implicar relaciones de causalidad, sino dar idea de que existe una interrelación, ciertamente compleja y no siempre unívoca, entre criterios de delimitación que frecuentemente son vistos como independientes, con la consecuente desconfianza sobre la importancia de cualquiera de ellos para delimitar una clase de otras. Lo hago también para transmitir a ustedes el papel estratégico que considero guarda la ocupación en este intrincado enjambre de interrelaciones.

Mencionaré algunos criterios generales útiles para delimitar nuestras clases medias. Seguramente Soledad Loaeza y después otros participantes complementarán esta breve referencia.

Se trata de grupos que llevan a cabo tareas no manuales, que residen en su mayoría en centros urbanos y que desarrollan actividades ubicadas en el sector secundario (industria) y predominantemente en el sector terciario de la economía (comercio, transporte, servicios). Por lo general cuentan mínimamente con algunos años de instrucción secundaria y con ingresos que les permiten no sólo satisfacer sus necesidades básicas sino también otras adicionales.

Su desarrollo se encuentra íntimamente vinculado con el crecimiento y la diversificación económicos, que a su vez se ven acompañados por procesos de creciente urbanización y escolarización de la población. Las viejas clases medias o pequeña burguesía (artesanos, profesionistas independientes) se ven rápidamente desplazadas por las nuevas clases medias (empleados).

Para tener una idea rápida de algunos cambios en la estructura económica y social de nuestro país, pueden consultarse los cuadros anexos así como un trabajo en el que se intenta cuantificar la evolución de la estructura de clases. Esta información permite tener una base común o cuando menos un punto de partida para delimitar a las clases medias en México.

El cuadro 1 ilustra cómo se han dado los procesos de urbanización y de concentración urbana entre 1940 y 1980. Ahí podemos ver cómo disminuyó paulatinamente la población que vive en localidades menores de 5 000 habitantes (de 72.4% en 1940 a 39.9 en 1980) y cómo aumentó la que reside en localidades con 20 000 habitantes o más (de 18.4% en 1940 a 49.8% en 1980). Entre la población urbana ha crecido tanto la que vive en ciudades pequeñas y medianas (de 20 mil a menos de medio millón de habitantes) como la que habita en las grandes áreas metropolitanas. Aun cuando en ambos tipos de ciudades (en particular en las

más grandes) hay proporciones importantes de población que pertenecen a los sectores o clases bajas (trabajadores no calificados de la industria y de los servicios, por ejemplo), no puede negarse que una proporción importante de las familias que habitan en las ciudades pertenece a los sectores intermedios o clases medias (profesionistas, gerentes y empleados de mediano y alto nivel de instituciones públicas y privadas, por ejemplo).

Un medio rural como el mexicano, muy polarizado, en donde coexisten gran riqueza en manos de unos cuantos y gran pobreza para la gran mayoría, no propicia el crecimiento de sectores medios. Éstos se constituyen y crean en las ciudades y por ello puede tomarse el proceso de urbanización de los últimos decenios como indicador del crecimiento de las clases medias.

El proceso de urbanización va de la mano con importantes cambios en la estructura ocupacional del país, o sea, con cambios en la distribución de las actividades a las que se dedica la población. Los cuadros 2 y 3 ilustran estos cambios en México. En el cuadro 2 puede observarse cómo disminuye radicalmente la población que trabaja en el sector agropecuario (de 67.3% en 1940 a 37.0% en 1980), a la par que aumentan muy significativamente las ocupaciones típicamente urbanas, en especial en la industria manufacturera y los servicios (cuya participación se desplaza con creces entre 1940 y 1980), pero también el comercio y el transporte.

En el cuadro 3 se observa este proceso de forma un poco más desglosada. En México, en los últimos 50 años, ha crecido de manera importante la proporción de la población que se dedica a actividades típicamente urbanas, tanto aquellas donde una parte importante de la población que se dedica a ellas recibe bajas remuneraciones (como la industria de transformación, la construcción y los servicios personales), como aquellas donde predominan mejores condiciones y remuneraciones (como los servicios de distribución, de producción y sociales). Si se suma la población dedicada a estos últimos, se ve cómo ha crecido de un 11.3% a un 22.8% entre 1930 y 1980. Gran parte de la población dedicada a estas últimas actividades, así como una parte de la que se dedica a las primeras, pertenece a los sectores intermedios. Puede afirmarse que los cambios ocurridos en la estructura ocupacional indican un crecimiento de los sectores intermedios o clases medias.

Otro tipo de datos que permiten tener una idea sobre la dinámica de la estratificación en México son aquellos relativos a la distribución del ingreso. Sin embargo, los estratos de ingreso en

que se ha dividido a la población en las series de datos disponibles no son comparables entre sí y no se dispone de otros datos ajustados que permitan comparaciones a través del tiempo. De cualquier manera, los datos disponibles muestran que la proporción de familias que acceden a tener ingresos intermedios ha venido creciendo paulatinamente en los últimos 40 a 50 años.

Un dato sobre el nivel de instrucción de la población muestra también cómo crece paulatinamente la proporción que termina la educación primaria y la que accede a la educación secundaria y superior, hecho que también se relaciona con el crecimiento de las clases medias mexicanas.

La tarea de intentar una cuantificación de los cambios en el perfil de la estratificación y de las clases sociales es compleja y siempre estará sujeta a crítica. A pesar de todo, es útil hacerlo para ubicar de alguna manera el fenómeno que nos ocupa. Presentamos por ello algunas cifras y gráficas elaboradas por uno de los estudiosos que han sido más asiduos en el estudio de estos procesos, el profesor James Wilkie, a quien debemos también un conocido y controvertido estudio sobre nuestro país.

En un artículo publicado hace algunos años en colaboración con Paul Wilkins,[1] intentó una cuantificación de la evolución de la estructura de clases en México, basándose en estudios hechos por él mismo y por otros investigadores tanto mexicanos como norteamericanos. De los diversos cuadros que incluyé su publicación, presentamos el que nos parece más ilustrativo, junto con una gráfica que lo es aún más.

En el cuadro 4 podemos observar la evolución de los cinco agregados ocupacionales estratificados en que Wilkie divide a la población mexicana: clases alta, media-estable, media-marginal, baja-transicional y baja-popular. En la primera columna puede verse el criterio que se utiliza para agrupar a la población de cada rama de actividad en grupos ocupacionales estratificados. Por ejemplo, del total de profesionales, se ubica a un tercio en la clase alta y a dos tercios en la clase media-estable; de los empleados de oficina se ubica a la mitad en la clase media-estable y a la otra mitad en la clase media-marginal, etcétera.

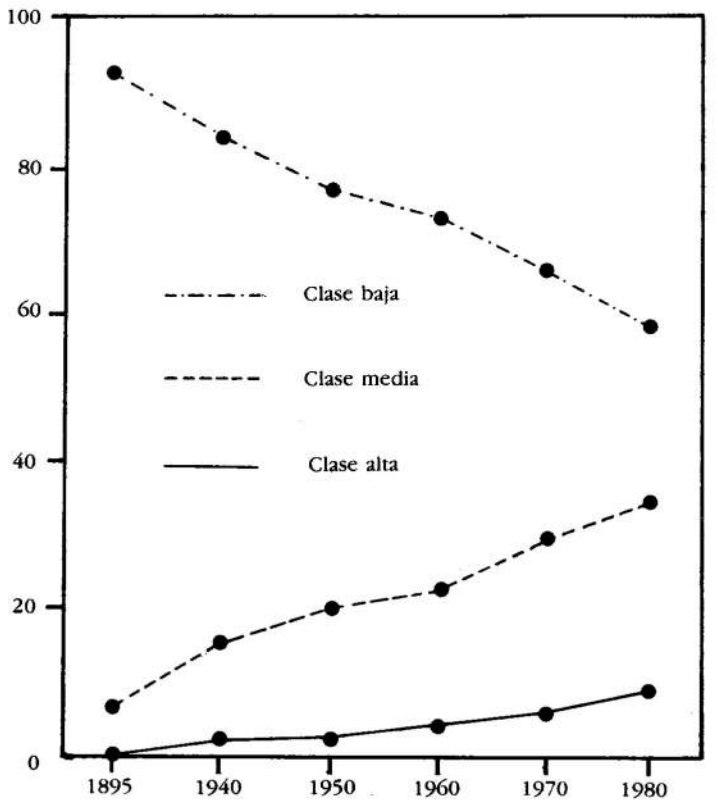
De acuerdo con estas estimaciones, entre 1950 y 1970 las "clases" medias pasaron de constituir el 16.6% de la población a representar el 23.4%.

[1] Wilkie, James W. y Paul D. Wilkins, "Quantifying the Class Structure of Mexico, 1895-1970", en James W. Wilkie y Stephen Haber (comps.), *Statistical Abstract of Latin America*, Los Angeles, University of California Press, 1981, vol. 21, cap. 36.

317061

Combinando estimaciones derivadas de la evolución de la distribución del ingreso con la estratificación ocupacional, Wilkie y Wilkins elaboraron la gráfica que, adaptada, se reproduce como gráfica 1. Extrapolando las estimaciones presentadas para el año de 1980, puede estimarse que, de acuerdo con estos criterios, las clases medias constituyen alrededor de una tercera parte de la población del país.

GRÁFICA 1
Estructura de clases en México



Adaptado de Wilkie, James W. y Paul D. Wilkins, "Quantifying the Class Structure of Mexico, 1895-1970", en James W. Wilkie y Stephen Haber (comps.), *Statistical Abstract of Latin America*, Los Angeles, University of California Press, 1981, vol. 21, cap. 36, p. 585. (Las cifras para 1980 han sido proyectadas a partir de la tendencia existente.)

Como conclusión, podemos decir que cualquier estimación que se haga de la distribución de la población por estratos o clases sociales tendrá un grado mayor o menor de arbitrariedad; no obstante, puede afirmarse con certeza que los estratos, clases o sectores medios en México se han incrementado significativamente en los últimos decenios. Con un criterio conservador podría estimarse que estos sectores abarcan a un 25% de la población. Con criterios menos conservadores podría estimarse que representan 33%. O sea que puede estimarse que las "clases medias" están constituidas por entre una cuarta y una tercera parte de la población de México.

CUADRO 1
México: distribución de la población según tamaño de localidad, 1940-1980
(*porcentajes*)

	Población no urbana			*Población urbana*			
	1-4 999	*5 000-19 000*	*Total*	*20 000-499 999*	*500 000 y más*	*Total*	*Población total (miles)*
1940	72.4	9.2	81.6	10.5	7.9	18.4	19 649
1950	64.2	9.3	73.5	15.4	11.1	26.5	25 779
1960	55.5	9.7	65.2	16.4	18.4	34.8	34 923
1970	49.9	14.9	64.8	23.7	11.5	35.2	48 225
1980	39.9	10.3	50.2	25.9	23.9	49.8	66 847

FUENTES: *a)* 1940-1960: Luis Unikel *et al.*, *El desarrollo urbano en México*, México, El Colegio de México, 1976, cuadro 1-4.
b) 1970-1980: *Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos*, 1985.

CUADRO 2
México: población económicamente activa por rama de actividad, 1940-1980
(*porcentajes*)

	Agropecuaria	*Extractiva*	*Industria*	*Comercio*	*Transporte*	*Servicios*	*PEA total (miles)*[a]
1940	67.3	1.9	11.2	8.8	2.6	8.2	5 858.1[b]
1960	54.5	1.3	17.9	9.6	3.2	13.6	11 253.3
1980	37.0	3.1	25.9	11.2	4.4	18.3	22 066.1

[a] La PEA que se registró como insuficientemente especificada, ha sido distribuida ponderadamente en las diferentes ramas de actividad.
[b] La PEA en 1940 se refiere a la población de 10 años de edad y más.
FUENTE: Banco Nacional de México, *México social, 1985-1986. Indicadores Seleccionados*, México, 1986, pp. 188 y *ss.*, cuadro 6.4.

CUADRO 3
México: distribución de la fuerza de trabajo según sector industrial
(*porcentajes*)

Sector/Actividad	*1930*	*1950*	*1970*	*1980*
Extractivas	*71.5*	*62.0*	*43.0*	*40.0*
Agricultura	70.5	60.8	41.8	36.7
Minería	1.0	1.2	1.2	3.3
Transformación	*11.0*	*12.1*	*18.8*	*17.4*
Construcción	*1.2*	*2.8*	*4.7*	*8.4*
Servicios de distribución	*7.3*	*10.9*	*13.1*	*13.9*
Comercio	5.2	8.3	9.8	9.5
Transporte	2.1	2.6	3.3	4.4
Servicios de producción	*0.1*	*0.7*	*2.2*	*2.6*
Finanzas	—	0.4	0.9	2.6
Negocios	0.1	0.3	1.3	—
Servicios sociales	*3.9*	*4.5*	*7.5*	*6.3*
Educación-salud	3.9	2.0	4.2	4.2
Administración pública	—	2.5	3.3	2.1
Servicios personales	*5.0*	*7.0*	*10.7*	*11.4*
Domésticos	3.7	3.9	4.4	5.1
Lavandería	0.2	0.3	1.1	1.1
Reparación	0.6	0.6	1.6	2.6
Hoteles, restaurantes y entretenimiento	0.1	1.6	2.9	2.3
Otros	0.4	0.6	0.7	0.3
Total	100.0	100.0	100.0	100.0

FUENTES: *a)* 1930-1970: Humberto Muñoz, "Ocupational and Earnings Inequalities in Mexico City: A Sectorial Analysis of the Labor Force". Tesis doctoral, Universidad de Texas, Austin, 1975, p. 45, cuadro II-1.
b) Censo General de Población, 1980. La PEA no especificada se distribuyó en forma ponderada.

CUADRO 4
México: estratificación ocupacional, 1950-1970

Trabajadores por clase y subclase	*Proporción de trabajadores*	*1950 %*	*1960 %*	*1970 %*
Alta	. . .	1.6	2.0	4.4
Gerencial	toda	.8	.8	2.5
Profesional	1/3	.8	1.2	1.9
Media-estable	. . .	6.6	8.5	10.0
Profesional	2/3	1.7	2.4	3.8
Oficinistas	1/2	2.3	3.1	3.8
Comerciantes	1/3	2.6	3.0	2.4
Media-marginal	. . .	10.0	11.7	13.4
Oficinistas	1/2	2.3	3.1	3.8
Comerciantes	1/3	2.6	3.0	2.4
Artesanos	1/3	5.1	5.6	7.2
Baja-transicional	. . .	20.0	20.9	24.8
Comerciantes	1/3	2.6	3.0	2.4
Artesanos[1]	2/3	10.1	11.2	14.4
Servicios	2/3	7.3	6.7	8.0
Baja-popular	. . .	61.8	56.9	47.4
Servicios	1/3	3.6	3.4	4.0
Agricultura	toda	58.2	53.5	38.2
No especificado	toda	—	—	5.2

[1] Incluye obreros semicalificados.

FUENTE: Wilkie, James W. y Paul D. Wilkins, "Quantifying the Class Structure of Mexico, 1895-1970", en James W. Wilkie y Stephen Haber (comps.), *Statistical Abstract of Latin America*, Los Angeles, University of California Press, 1981, vol. 21, cap. 36, p. 582.

2. EL IMPACTO ECONÓMICO DE LA CRISIS SOBRE LA CLASE MEDIA[1]

SALVADOR DE LARA RANGEL
Instituto Nacional del Consumidor

Las múltiples definiciones y conceptualizaciones que se han hecho de la clase media presentan notables desacuerdos entre sí; los expertos no han podido todavía precisar cuáles segmentos de la sociedad son los que la conforman. Sin embargo, parece haberse logrado algún acuerdo en la determinación de elementos que si bien no la definen, sí al menos permiten ubicarla dentro del contexto social, económico e incluso político.

Un primer elemento estaría dado por el nivel y el origen de los ingresos que percibe. En cuanto a la determinación del nivel de ingresos persisten las diferencias para determinar en qué rangos se ubica la clase media, pues esto depende a su vez de múltiples factores, entre los que se podrían mencionar la estructura de la distribución del ingreso prevaleciente, el nivel absoluto y relativo del ingreso utilizado como referencia —en el caso de México, del salario mínimo legal— y el ritmo de crecimiento de los precios, entre otros.

En cuanto al origen de los ingresos, es mayor el grado de coincidencia de los expertos. En términos generales, se considera que quienes pertenecen a la clase media realizan trabajos no manuales; más específicamente, se incluye a trabajadores asalariados o por cuenta propia que realizan sus actividades ya sea en el sector público o en el privado, y entre ellos se encuentran empleados, funcionarios, cuadros medios, pequeños y medianos comerciantes e industriales, artesanos y obreros calificados.

Otro elemento que se utiliza como criterio para ubicar a la clase media, es su localización predominantemente urbana. No se trata de desconocer la existencia de sectores medios en el campo, sino que, simplemente por el tipo de actividades a las que se le asocia, su medio "natural" es la ciudad.

[1] Agradezco la valiosa colaboración de José Manjarrez, Luis Vega y Víctor del Valle.

Un tercer elemento a considerar es el nivel de educación formal. La clase media presenta un grado de escolaridad superior al del grueso de la población, al cual está estrechamente vinculada la capacidad de desempeñar las actividades que antes se mencionaron como características de este estrato, y del que dependen, por consiguiente, las posibilidades de mantener su posición socioeconómica.

De lo dicho se desprende que la clase media se caracteriza por un muy elevado grado de heterogeneidad: su nivel de ingresos, las actividades que desempeña y su grado de educación formal son todos elementos que deben determinarse dentro de un margen de variabilidad sumamente amplio. Esto, a su vez, tiene como consecuencia que las fronteras de la clase media, hacia arriba y hacia abajo, no estén del todo delimitadas. En palabras de Soledad Loaeza, "su posición hace de ellos una franja social abierta en los dos extremos y, en consecuencia, conjuntos fluidos que muestran una gran sensibilidad a los efectos del cambio social y económico".

La propia naturaleza de la clase media hace que los intentos de cuantificación respecto a sus patrones de comportamiento sean, en el mejor de los casos, poco precisos. Los investigadores que han tratado de incursionar en este terreno desde muy diversas perspectivas se han encontrado con que, o bien abordan el problema que están investigando de una manera muy general, o tienen que conformarse con tratar aspectos parciales o fragmentos de esa realidad.

Dentro de los estudios que ha venido realizando el Instituto Nacional del Consumidor (INCO) desde hace ya varios años, se incluyen algunos que no han sido la excepción a esta regla. En particular, los análisis sobre los patrones de consumo y sus modificaciones han estado sujetos a las restricciones que se presentan cuando se trata de definir la población que se pretende estudiar.

Por este motivo, el Instituto se planteó el propósito de realizar una investigación que en un primer momento se ha limitado al estudio del consumo de segmentos muy específicos de la población, de los cuales pretende obtener información precisa, oportuna y confiable. Partiendo de esta base, será factible extender posteriormente la investigación para abarcar otros sectores sociales.

Así, en 1985, el Instituto Nacional del Consumidor puso en marcha una encuesta periódica denominada "Seguimiento de la Situación Alimentaria de la Población de Escasos Recursos en el Area Metropolitana de la Ciudad de México". El objetivo princi-

pal del estudio fue obtener información sobre las modificaciones que están operando básicamente sobre el consumo alimentario de ciertos estratos de la población de bajos y medianos recursos; sin embargo, se decidió aprovechar la ocasión para incluir otros temas que pudieran ser de interés y que con cada levantamiento de la encuesta se han venido ampliando.

Veamos las principales características de la investigación. Como su nombre lo indica, se trata de un análisis periódico —se pretende realizarlo cada seis meses— restringido actualmente al área metropolitana de la ciudad de México. Está basado en levantamientos que se efectúan directamente entre la población objetivo, seleccionada bajo técnicas específicas de muestreo. Los hogares escogidos se clasificaron teniendo en cuenta dos criterios fundamentales: la ubicación del jefe de familia en el sector formal e informal de la economía, y tres distintos niveles de ingreso.

Para determinar la pertenencia al sector formal se consideró que el jefe de familia estuviese contratado por un tercero y que contara con servicio médico como prestación laboral. Por el contrario, dentro del sector informal se incluyeron aquellos hogares donde el jefe de familia trabaja por cuenta propia y no tiene acceso a prestaciones laborales (seguro médico, básicamente).

En cuanto a los niveles de ingreso, se determinó que fueran tres: el primero correspondería a percepciones de entre 0.8 y 1.5 veces el salario mínimo general vigente en la zona; el segundo nivel comprendería un margen de entre más de 1.5 y hasta 2.5 veces ese salario; y el tercero se localizaría entre más de 2.5 y hasta 3.5 veces dicho salario. En el primer nivel se ubican los estratos formal bajo e informal bajo; en el segundo se encuentra el estrato formal medio bajo, y en el tercero el formal medio. El estrato informal medio es aquel que percibe entre más de 1.5 y 3.5 veces el salario mínimo.

Nos limitaremos a describir los resultados de la encuesta para el caso de los estratos formal medio e informal medio, pues se considera que ambos forman parte de la clase media. No se puede decir que la clase media en su conjunto quede contemplada en estos estratos; sin embargo, no se cuenta en la actualidad con la información que sería necesaria si se pretendiera abordar la problemática de esta clase de manera global, ni en los estudios del INCO ni, hasta donde se sabe, de alguna otra institución.

Por este motivo, nos centraremos en el análisis de los dos estratos mencionados, precisando que las conclusiones que pueden derivarse de la información captada a través de la encuesta no son generalizables a la totalidad de la clase media.

Cabe señalar, además, que si bien el diseño muestral ha sido elaborado con un alto grado de rigor, aún sería necesario ampliar su significación para que esto nos permitiera hacer inferencias generalizables para toda la ciudad de México.

El punto de partida de la encuesta resulta por todos conocido y es que, como efecto de la crisis que ha venido experimentando la economía mexicana desde hace ya varios años, los ingresos reales de la población han sufrido una severa caída, lo que ha afectado sus patrones de consumo.

En los hogares entrevistados por el INCO se observó que entre junio de 1985 y febrero de 1988 (primer y último levantamientos de los cuales se cuenta con información ya procesada al momento de la publicación), el ingreso semanal promedio real de los miembros del hogar cayó sustancialmente.

En efecto, en el estrato formal medio, el ingreso del jefe del hogar cayó en 32.8%, el del ama de casa en 45.5%, el de los hijos en 2.6%. Por su parte, en el estrato informal medio el ingreso del jefe del hogar y el de los hijos disminuyó en 20.1 y 1.4%, respectivamente, mientras que el del ama de casa aumentó en 56.4% (cuadro 1).

Esta caída del ingreso real ha propiciado, por una parte, que se instrumenten diversos mecanismos o estrategias tendentes a proteger el ingreso familiar, y por la otra, que se dé una restructuración del gasto de los hogares con el propósito de proteger el nivel del consumo familiar.

Las encuestas indican que entre las estrategias más comunes está la incorporación de un mayor número de miembros de la familia al mercado laboral, la búsqueda de trabajos adicionales por parte de los que cuentan con un empleo fijo, y la realización de actividades informales de producción doméstica para la venta. Asimismo, se encontró que se está incrementando la participación de las mujeres y de los menores de edad —muchos de los cuales se ven obligados a abandonar sus estudios— en actividades remuneradas.

Estas estrategias parecen estar teniendo un relativo éxito en cuanto a la preservación del ingreso familiar. En el caso del estrato formal medio, la reducción del ingreso real del jefe de familia (de 32.8%) pudo ser contrarrestada en parte dentro del total del ingreso familiar, pues la contracción que sufrió este último fue de sólo 26.4%.

Por lo que toca al estrato informal medio, la caída del ingreso del jefe del hogar (de 20.1%), fue menos severa con respecto al estrato anterior, y de igual forma sucedió con el ingreso real de

la familia, pues éste disminuyó en sólo 2.8% entre junio de 1985 y febrero de 1988 (cuadro 2).

La idea de que la mayor participación de los miembros del hogar en actividades remuneradas es una de las estrategias puestas en marcha para proteger el ingreso familiar se comprueba al constatar que, en el estrato informal medio, de un promedio de perceptores de 1.86 en junio de 1985, se pasó a uno de 1.93 en febrero de 1988 (cuadro 4).

Podría pensarse que la población que se ubica dentro del sector informal de la economía tiene un mayor margen de maniobra frente a la crisis que aquellos que se encuentran dentro del sector formal. Esto, sin duda, se explica porque el sector informal es mucho más flexible y ha mostrado tener una capacidad de expansión considerable.

El otro resultado interesante de la encuesta es el que tiene que ver con la restructuración del gasto de las familias. Aquí convendría hacer una distinción entre gasto total y gasto alimentario, y las modificaciones que ambos han sufrido.

En cuanto a la estructura del gasto total, la información que se tiene es solamente la más reciente, debido a que éste es uno de los temas que se han venido introduciendo en la encuesta conforme se han realizado los levantamientos. Por esta razón no se dispone de los datos necesarios para analizar las modificaciones que se han dado en este ámbito. Sin embargo, se desprende que ciertos rubros del gasto total han ganado participación mientras que otros la han perdido. En el primer caso se encuentran algunos rubros que son difícilmente reductibles, pues el monto del gasto que a ellos se destina no depende de decisiones personales. Se puede mencionar como ejemplo el gasto en transporte, en vivienda y sus servicios, en educación y en salud. En el otro caso se encuentra el gasto en alimentos, en ropa y calzado y en mobiliario y equipo.

La información disponible al respecto sugiere que estos rubros han disminuido su participación en el gasto total, situación que parece ser más aguda en relación con aquellos que no se consideran indispensables. La compra de mobiliario, equipo electrodoméstico y automóviles, entre otros, ha sido en muchos casos eliminada, y en otros, se le ha sustituido por reparaciones de los bienes que ya se tenían, lo que evidentemente implica un gasto menor. En otras ocasiones, se ha optado por la compra de bienes de menor precio, pero también de menor calidad.

En relación con el gasto alimentario, la información con que se cuenta es amplia y detallada. Por esta razón, solamente se señala-

rán algunas de las cuestiones más relevantes observadas en la encuesta. En primer lugar, destaca el hecho de que en los dos estratos considerados aquí, tanto el gasto absoluto en alimentos como la participación de dicho gasto dentro del ingreso total se han contraído entre junio de 1985 y febrero de 1988. Si se considera el gasto semanal en alimentos a precios constantes (de junio de 1985), en el caso del estrato formal medio se observa que mientras ese gasto pasa de $10 244.75 en junio de 1985 a sólo $7 395.54 en febrero de 1988, la participación de dicho gasto en el ingreso total pasa, en las mismas fechas, de 40.4% a 37.6%. Para el estrato informal medio los datos son los siguientes: el gasto absoluto en alimentos en junio de 1985 era de $7 340.44, y en febrero de 1988 disminuye a $6 244.11; la participación del gasto alimentario en el ingreso total cae de 45.7% en junio de 1985 a 38.4% en febrero de 1988 (cuadro 3).

Como consecuencia de estas contracciones, el gasto alimentario está siendo restructurado por las familias, de tal manera que los alimentos más caros se están sustituyendo por otros de menor precio. En especial, este proceso se manifiesta en una tendencia a disminuir la compra de alimentos de origen animal y a aumentar la de productos de origen vegetal.

Para ilustrar lo anterior considérense los siguientes datos: en el caso del estrato formal medio, se encontró que mientras en junio de 1985 dedicaba el 57.5% de su gasto en alimentos a la compra de productos de origen animal, en febrero de 1988 ese porcentaje bajó a 56.8%; por su parte, la participación de los productos de origen vegetal subió en las mismas fechas de 34.3 a 37.2%. En el caso del estrato informal medio, la proporción del gasto destinado a la compra de alimentos de origen animal bajó de 51.6% en junio de 1985 a 49.1% en febrero de 1988, mientras que los productos de origen vegetal aumentaron su participación de 41.2 a 41.8% en las fechas mencionadas (cuadro 6). Con estos datos se comprueba que la reducción en el consumo de alimentos de origen animal es mayor que el aumento del de los de origen vegetal.

Esta sustitución de alimentos ha tenido como resultado una relativa optimización del gasto, pues se encontró que la reducción observada en el aporte calórico-proteico de los alimentos consumidos es menor que la reducción registrada en el gasto alimentario. Así, mientras que en el caso del estrato formal medio la reducción del gasto alimentario entre junio de 1985 y febrero de 1988 fue de 27.8% (en pesos constantes de junio de 1985), la adquisición de calorías —per cápita diarias— en ese mismo lapso

se redujo en sólo 5.25% y la de proteínas —per cápita diarias— en 5.61%. Para el estrato informal medio, la reducción del gasto alimentario fue de 14.9%, mientras que la adquisición de calorías aumentó 1.7% y la de proteínas se mantuvo constante (cuadros 5, 7 y 8).

Puede deducirse que la población estudiada está consumiendo proteínas y calorías más baratas, lo que se comprueba con los siguientes datos: la compra de proteínas de origen vegetal en el estrato formal medio aumentó en 2.1%, mientras que las de origen animal disminuyó en 7.3%. Para el estrato informal medio las proporciones obtenidas se situaron en el orden de 11.7 y −14.1%, respectivamente (cuadro 8).

Por su parte la compra de calorías de origen vegetal en el estrato formal medio cayó en sólo 0.3% y las de origen animal lo hicieron en 5%. Lo observado en el estrato informal medio fue de 4.5% en las de origen vegetal y −14.4% en las de origen animal (cuadro 7).

Dentro de la restructuración observada en el gasto alimentario, se encontró que algunos productos han aumentado su participación dentro de una canasta básica compuesta por 34. Es así, que la cantidad comprada de tortilla de maíz, pan blanco, frijol, jitomate y azúcar, por las familias del estrato formal medio representaba el 42.5% de la canasta básica en junio de 1985, proporción que pasó al 48.1% en febrero de 1988. Para el estrato informal medio el aporte de estos productos en la canasta básica era en las fechas señaladas de 45.2 y 52.6%, respectivamente (cuadro 9).

En cuanto a proteínas los cinco productos que se incluyeron fueron tortilla de maíz, leche pasteurizada, pan blanco, frijol y huevo. Los resultados muestran que en el periodo de estudio, estos cinco productos aumentaron su participación en el consumo total de proteínas, al pasar de 43.8 a 49.7% del total de la canasta en el caso del estrato formal medio, y de 55.3 a 63.0% en el del estrato informal medio (cuadro 10).

Estas observaciones corroboran la idea de que se está verificando un proceso de optimización del gasto alimentario donde, además, los productos tradicionalmente considerados como básicos para la dieta de la población han estado cobrando una importancia cada vez mayor. En este sentido, cabría comentar la significación de los programas gubernamentales de subsidio a los productos básicos, tales como el de distribución de leche a través de Liconsa, pues en la encuesta pudo comprobarse que representan una gran ayuda para los hogares de más bajos ingresos tanto

del sector formal como del informal; por esta razón, sería conveniente que estos programas se ampliaran de tal manera que pudieran cubrir a núcleos más amplios de la población, entre los que se ubicarían, desde luego, los estratos a que se ha venido haciendo referencia.

A pesar de todo lo antes señalado, se detectó un elemento que parece estar actuando en sentido inverso a la utilización del gasto alimentario. En efecto, las familias encuestadas declararon que los comercios donde realizan sus compras de alimentos con mayor frecuencia son los pequeños establecimientos y los mercados públicos, que paradójicamente son los que ofrecen los precios más elevados del mercado.

En el caso del estrato formal medio, los datos que permiten ilustrar lo antes dicho son los siguientes: la proporción del gasto alimentario que se realiza en establecimientos pequeños (tiendas de abarrotes, mercados públicos, tianguis, mercados sobre ruedas y establecimientos especializados) aumentó de 84.2 a 86.3% de junio de 1985 a febrero de 1988; el gasto efectuado en tiendas oficiales se redujo de 9.4 a 5.0% en el periodo en cuestión, y el que se realizó en supermercados privados y otro tipo de establecimientos aumentó de 6.0 a 8.1%. En el caso del estrato informal medio se observó que la proporción del gasto alimentario efectuado en establecimientos pequeños subió de 79.7 a 85.0%; el gasto realizado en tiendas oficiales bajó de 12.0 a 4.1%, y el hecho en supermercados y establecimientos de otro tipo subió de 8.0 a 10.6% (cuadro 11).

A manera de conclusión, es posible observar que en los estratos bajos de la clase media la crisis está ocasionando una modificación de los hábitos de consumo, que se manifiesta en una restructuración del gasto familiar que trata de proteger el consumo de los bienes y servicios básicos, fenómeno que en mucho se debe al deterioro del ingreso familiar. En este sentido, la población en estudio ha desarrollado estrategias novedosas que le permiten mantener o, por lo menos, atenuar la caída de sus ingresos.

Aunque estas observaciones no son generalizables a toda la clase media del país ni a todas las regiones, se considera que, al menos, pueden servir como punto de partida para la elaboración de guiones de trabajo para aquellos que tengan interés en analizar el impacto de la crisis sobre el consumo de la clase media. El Instituto Nacional del Consumidor comparte, de manera especial, ese interés.

ANEXO METODOLÓGICO

Número de hogares encuestados

La muestra se definió mediante un proceso aleatorio dividido en cuatro etapas, con una quinta etapa dirigida que permitiera integrar una bolsa que para el primer grupo fue de alrededor de 300 familias de escasos recursos susceptibles de integrar el grupo de familias que se someterían a seguimiento. A este grupo se le denominó "panel". Cada panel se encuesta en seis levantamientos. Al sexto se considera agotado y se sustituye por otro panel que incluso puede traslaparse con el primero sin que se deje de identificar al grupo al que pertenece cada familia.

El tamaño de la muestra del primer panel estuvo formado por 258 hogares de escasos recursos, clasificados de acuerdo con la actividad principal del jefe de familia en *formales* e *informales** y, según el nivel del ingreso familiar en los estratos bajo, medio bajo y medio.

PRIMER PANEL DE FAMILIAS

	Número de hogares entrevistados					
Estrato de ingreso	*Jun. 85*	*Nov. 85*	*Ago. 86*	*Feb. 87*	*Ago. 87*	*Feb.88*
Total	258	270	230	202	188	172
Formal bajo	68	68	59	51	46	42
Formal medio bajo	43	50	44	34	33	32
Formal medio	44	47	38	37	33	29
Informal bajo	53	61	52	45	42	40
Informal medio	50	44	37	35	34	29

Los criterios para la selección de las familias fueron:

a) que en la fecha del primer levantamiento (junio de 1985), tuvieran su residencia habitual en el área metropolitana de la ciudad de México, que integra 16 delegaciones del DF y nueve municipios del Estado de México (Atizapán de Zaragoza, Coacalco, Cuautitlán, Ecatepec, Huixquilucan, Naucalpan, Netzahualcóyotl, Tlalnepantla y Tultitlán);

* Los jefes de familia que se emplean con un tercero y cuentan con servicio médico por su relación laboral se agruparon en el sector formal. Los autoempleados y carentes de este tipo de atención médica se consideraron en el sector informal.

b) que estuvieran integradas por un mínimo de tres y un máximo de 12 miembros unidos por lazos de consanguinidad y afinidad;
c) que ocuparan una vivienda, sola o compartida;
d) que consumieran en común alimentos y otros bienes indispensables para la satisfacción de las necesidades familiares;
e) que el ingreso del hogar proviniera de un sueldo o salario (sector formal), o de remuneraciones debidas a actividades propias;
f) que el ingreso familiar estuviera comprendido en el rango de 0.8 a 3.5 salarios mínimos legales de la zona salarial correspondiente.

Composición de la familia

Generalmente cuando se habla de familia, se hace referencia a la familia nuclear, integrada por el padre, la madre y los hijos. Para los fines de la investigación, se consideró a la familia en un sentido más amplio, es decir, no sólo desde el punto de vista indicado, sino también desde el socioeconómico. Así, las unidades familiares analizadas están compuestas con miembros unidos por lazos de consanguinidad y afinidad, pero no sólo en primer grado, como sería el caso de los integrantes de la familia nuclear, sino también por aquellas unidades formadas con familiares consanguíneos en segundo y tercer grados (abuelos, tíos, nietos, primos, etc.), e incluso con personas unidas por relaciones de amistad o "políticas".

De este modo, no todas las familias encuestadas están constituidas exclusivamente por el jefe de familia, la madre y los hijos. El criterio para considerar en nuestro trabajo la composición de la familia objeto de estudio, está dado por el hecho de que habiten en una sola vivienda y compartan el mismo presupuesto familiar, ya sea como proveedores de ingreso y/o consumidores de éste.

Se considera "adulto" a todo miembro de la familia con edad de 18 años o más. Se presentan casos en los que no todas las personas adultas ayudan a solventar los gastos de la familia, ya sea porque no realizan una actividad remunerada o porque, aunque llevan a cabo alguna, no contribuyen al gasto familiar. También se presenta el caso de los estudiantes adultos que no trabajan pero cuya manutención depende de los ingresos aportados por otros integrantes de la familia. Es pertinente aclarar que no todos

los integrantes que contribuyen al gasto familiar son necesariamente adultos, pues en varias familias algunos menores de edad proveen ingresos.

En el estudio se considera como "jefe de familia" a la persona que, independientemente de su sexo, ejerce una autoridad moral y el poder de decisión dentro de la familia, que habitualmente es el padre.

Para identificarlo se averigua con los miembros de la familia a quién se reconoce como tal, independientemente de que los cuestionarios de la encuesta contengan preguntas forzadas para corroborar la información. Pueden darse situaciones, por ejemplo, en que el padre no exista y la madre realice actividades remuneradas que le permiten ser jefe de familia, o bien casos en que no exista el padre y la madre no trabaje y el jefe de familia sea la persona responsable del sostenimiento del hogar o a quien menciona el ama de casa, y que pueden ser, por ejemplo, el hijo o la hija mayores, el hermano del ama de casa que vive en el hogar, el yerno, etcétera.

El concepto de "ama de casa" se aplica a la persona encargada de administrar el presupuesto familiar, y por extensión, es la que habitualmente realiza las compras de productos alimenticios, prepara las comidas y desarrolla algunas o todas las labores domésticas, sin retribución alguna. Aunque tradicionalmente la madre es a la vez el ama de casa, se presentan casos en los que por realizar alguna actividad remunerada fuera del hogar delega esa responsabilidad en algún otro miembro de la familia, que puede ser una hija, la abuela, la hermana, etcétera.

CUADRO 1

Evolución del ingreso promedio semanal por tipo de perceptor

(pesos de junio de 1985)

	1985		*1986*	*1987*		*1988*	*Var. % Feb. 88/ Jun. 85*
	Junio	*Noviembre*	*Agosto*	*Febrero*	*Agosto*	*Febrero*	
Jefe del hogar							
Formal bajo	8 820.65	9 081.92	7 671.58	81 368.90	7 983.99	8 386.95	−4.92
Formal medio bajo	11 874.74	12 918.23	10 482.06	10 642.20	9 860.44	9 950.01	−16.21
Formal medio	18 698.71	17 139.14	14 885.90	13 066.98	13 052.55	12 563.47	−32.81
Informal bajo	7 675.27	8 163.52	8 575.51	7 691.77	8 002.98	8 002.94	4.97
Informal medio	11 168.75	10 643.87	10 714.44	10 424.84	9 281.81	9 920.88	−20.11
Ama de casa							
Formal bajo	3 428.13	3 083.18	2 988.10	3 022.11	2 790.42	2 840.27	−17.15
Formal medio bajo	7 608.33	5 337.81	4 198.22	5 181.53	4 745.71	4 852.88	−36.22
Formal medio	10 085.35	7 875.97	4 254.38	3 968.01	5 911.13	5 493.07	−45.54
Informal bajo	3 513.46	5 682.29	2 882.24	3 455.89	2 843.96	2 827.82	−19.51
Informal medio	5 268.35	5 551.67	3 942.47	5 696.13	4 153.18	8 238.77	56.38
Hijos							
Formal bajo	6 677.00	7 243.25	6 295.35	6 726.80	6 037.64	5 722.51	−14.30
Formal medio bajo	8 265.44	7 755.22	6 273.16	7 183.97	6 998.57	6 612.79	−19.99
Formal medio	8 597.18	9 606.01	7 199.23	8 473.06	8 299.49	8 371.88	−2.62
Informal bajo	5 898.10	6 561.57	5 419.69	5 845.04	6 796.19	5 555.49	−5.81
Informal medio	7 593.23	7 605.35	5 861.37	7 038.44	7 079.35	7 490.19	−1.36

FUENTE: INCO. Seguimiento del gasto alimentario de la población de escasos recursos. Área metropolitana de la ciudad de México.

CUADRO 2
Evolución del ingreso promedio del hogar
(área metropolitana de la ciudad de México)
(pesos de junio de 1985)

	1985		*1986*	*1987*		*1988*	*Var. % Feb. 88/ Jun. 85*
	Junio	*Noviembre*	*Agosto*	*Febrero*	*Agosto*	*Febrero*	
Formal bajo	10 276.28	10 444.69	9 465.68	10 853.84	10 513.31	11 469.24	11.61
Formal medio bajo	16 527.02	18 552.31	14 810.20	16 817.00	15 894.29	16 230.50	−1.79
Formal medio	25 335.86	27 501.63	21 823.66	21 387.37	18 942.87	18 637.08	−26.44
Informal bajo	9 507.94	10 975.02	12 160.06	11 946.84	12 140.02	11 306.56	18.92
Informal medio	16 072.44	17 052.99	16 444.48	18 325.81	16 131.38	15 626.82	−2.77

FUENTE: Misma del cuadro 1.

CUADRO 3

Evolución del ingreso y gasto alimentario semanal

(promedio por hogar)

(pesos de junio de 1985)

Mes de la encuesta	*Estratos socioeconómicos*				
	Formal bajo	*Formal medio bajo*	*Formal medio*	*Informal bajo*	*Informal medio*
	Ingreso promedio semanal				
Junio de 1985	10 276.28	16 527.02	25 335.86	9 507.94	16 072.44
Noviembre de 1985	10 444.69	18 552.31	27 501.63	10 976.02	17 052.99
Agosto de 1986	9 465.68	14 810.20	21 823.66	12 160.06	16 444.48
Febrero de 1987	10 853.84	16 817.00	21 387.37	11 946.84	18 325.81
Agosto de 1987	10 513.31	15 894.29	18 942.87	12 140.02	16 131.38
Febrero de 1988	11 469.24	16 230.50	18 637.08	11 306.56	15 626.82
	Gasto alimentario promedio semanal				
Junio de 1985	6 985.44	7 877.28	10 244.75	6 730.19	7 340.44
Noviembre de 1985	6 381.54	7 040.99	9 244.03	5 601.86	7 183.64
Agosto de 1986	6 054.48	6 795.08	8 380.17	5 434.15	6 752.76
Febrero de 1987	5 461.18	6 300.15	8 030.36	5 142.20	6 290.78
Agosto de 1987	5 162.92	6 133.18	7 648.15	5 653.23	6 338.68
Febrero de 1988	5 426.85	5 743.70	7 395.54	4 779.75	6 244.11

Participación del gasto alimentario respecto al ingreso %					
Junio de 1985	67.98	47.66	40.44	60.27	45.67
Noviembre de 1985	60.55	37.62	32.97	49.77	39.80
Agosto de 1986	55.63	45.27	37.34	48.53	39.15
Febrero de 1987	51.38	41.47	34.71	42.36	36.59
Agosto de 1987	48.40	43.79	37.44	49.14	40.40
Febrero de 1988	46.21	39.82	37.62	45.94	38.39

FUENTE: Misma del cuadro 1.

CUADRO 4
Evolución del número promedio de perceptores por hogar
(*área metropolitana de la ciudad de México*)

	1985		*1986*	*1987*		*1988*	*Var. % Feb. 88/ Jun. 85*
	Junio	*Noviembre*	*Agosto*	*Febrero*	*Agosto*	*Febrero*	
Formal bajo	1.26	1.34	1.51	1.63	1.65	1.76	39.68
Formal medio bajo	1.63	1.86	1.84	1.94	2.03	2.06	26.38
Formal medio	1.93	1.98	2.18	2.16	2.03	1.93	0.00
Informal bajo	1.47	1.49	1.88	1.82	1.83	1.98	34.69
Informal medio	1.86	2.05	2.27	2.20	2.21	1.93	4.32

FUENTE: Misma del cuadro 1.

CUADRO 5

Evolución del gasto alimentario promedio semanal por hogar

(*área metropolitana de la ciudad de México*)

(*pesos de junio de 1985*)

	1985		*1986*	*1987*		*1988*	*Var. % Feb. 88/ Jun. 85*
	Junio	*Noviembre*	*Agosto*	*Febrero*	*Agosto*	*Febrero*	
Formal bajo	6 985.44	6 381.54	6 054.48	5 461.18	5 162.92	5 426.85	−22.31
Formal medio bajo	7 877.28	7 040.99	6 795.08	6 300.15	6 133.18	5 743.70	−27.09
Formal medio	10 244.75	9 244.03	8 380.17	8 030.36	7 648.15	7 395.54	−27.81
Informal bajo	6 730.19	5 601.86	5 434.15	5 142.20	5 653.23	4 779.75	−28.98
Informal medio	7 340.44	7 183.64	6 752.76	6 290.78	6 338.68	6 244.11	−14.94

FUENTE: Misma del cuadro 1.

CUADRO 6

Estructura del gasto alimentario por hogar y origen de los alimentos

(*área metropolitana de la ciudad de México*)

(*pesos de junio de 1985*)

	1985		1986	1987		1988	Var. % Feb. 88/ Jun. 85
	Junio	Noviembre	Agosto	Febrero	Agosto	Febrero	
			Gasto total				
Formal bajo	6 985.44	6 381.54	6 054.48	5 461.18	5 162.92	5 426.85	−22.31
Formal medio bajo	7 877.28	7 040.99	6 795.08	6 300.15	6 133.18	5 743.70	−27.09
Formal medio	10 244.75	9 244.03	8 380.17	8 030.36	7 648.15	7 395.54	−27.81
Informal bajo	6 730.19	5 601.86	5 434.15	5 142.20	5 653.23	4 779.75	−28.98
Informal medio	7 340.44	7 183.64	6 752.76	6 290.78	6 338.68	6 244.11	−14.94
			Gasto en productos de origen animal				
Formal bajo	50.03	52.56	46.74	44.61	46.31	48.71	−3.03
Formal medio bajo	55.60	55.10	48.72	48.45	49.75	53.03	−4.59
Formal medio	57.48	59.43	53.69	52.72	53.87	56.84	−1.11
Informal bajo	46.50	53.06	47.83	46.95	48.11	50.92	9.51
Informal medio	51.58	55.18	48.15	48.26	50.11	49.07	−4.87
			Gasto en productos de origen vegetal				
Formal bajo	41.97	39.22	44.93	45.19	46.316	43.66	4.03
Formal medio bajo	37.13	35.27	42.53	44.63	44.10	39.84	7.30
Formal medio	34.31	33.35	39.20	37.88	39.20	37.16	8.31
Informal bajo	44.57	40.85	44.07	47.60	45.30	41.99	−5.79
Informal medio	41.22	39.16	43.58	42.35	42.53	41.78	1.36

FUENTE: Misma del cuadro 1.

CUADRO 7

Compra diaria per cápita total de calorías y por origen de los alimentos

(área metropolitana de la ciudad de México)

(kilocalorías)

	1985		*1986*	*1987*		*1988*	*Var. % Feb. 88/ Jun. 85*
	Junio	*Noviembre*	*Agosto*	*Febrero*	*Agosto*	*Febrero*	
			*Totales**				
Formal bajo	1 934.82	1 824.29	1 891.26	1 842.60	1 786.74	1 785.72	−7.71
Formal medio bajo	1 686.25	1 701.23	1 826.61	1 653.43	1 784.40	1 614.32	−4.27
Formal medio	1 956.85	1 892.33	1 823.38	1 838.73	1 640.54	1 854.11	−5.25
Informal bajo	1 659.72	1 674.89	1 564.99	1 598.20	1 732.12	1 583.78	−4.57
Informal medio	1 781.97	1 799.93	1 766.83	1 757.06	1 815.18	1 813.16	1.75
			De origen animal				
Formal bajo	369.36	374.22	405.48	360.93	358.35	347.45	−5.93
Formal medio bajo	370.83	386.72	392.77	368.31	358.49	359.67	−3.01
Formal medio	503.35	474.32	481.01	446.31	409.43	478.10	−5.02
Informal bajo	274.71	311.23	316.64	274.81	306.27	258.98	−5.29
Informal medio	376.71	388.35	375.12	346.44	391.68	322.33	−14.44
			De origen vegetal				
Formal bajo	1 384.90	1 296.23	1 327.32	1 314.04	1 284.92	1 345.32	−2.86
Formal medio bajo	1 205.57	1 184.81	1 209.83	1 157.30	1 260.92	1 159.14	−3.85
Formal medio	1 255.11	1 230.15	1 206.38	1 242.47	1 096.83	1 250.84	−0.34
Informal bajo	1 247.64	1 237.31	1 138.27	1 227.09	1 284.97	1 187.18	−4.85
Informal medio	1 247.43	1 282.18	1 239.28	1 276.03	1 287.73	1 304.11	4.54

* La diferencia entre el total y la suma de calorías animales y vegetales se refiere a alimentos procesados u otros productos de ambos orígenes.

FUENTE: Misma del cuadro 1.

CUADRO 8

Compra diaria per cápita total de proteínas y por origen de los alimentos

(área metropolitana de la ciudad de México)

(gramos)

	1985		1986	1987		1988	Var. % Feb. 88/ Jun. 85
	Junio	Noviembre	Agosto	Febrero	Agosto	Febrero	
			*Totales**				
Formal bajo	66.28	66.88	66.81	62.70	60.71	61.78	−6.79
Formal medio bajo	61.58	63.57	65.31	65.53	59.81	59.58	−3.25
Formal medio	74.70	68.87	68.89	68.42	62.79	70.51	−5.61
Informal bajo	54.64	56.58	53.66	53.79	57.30	53.65	−1.81
Informa medio	61.69	64.36	63.32	61.45	60.64	61.68	−0.02
			De origen animal				
Formal bajo	29.10	29.22	31.58	26.37	26.36	25.66	−11.82
Formal medio bajo	28.61	30.45	30.04	27.46	27.63	27.21	−4.89
Formal medio	40.97	36.91	37.12	35.22	31.48	37.97	−7.42
Informal bajo	21.65	26.16	23.33	21.82	23.37	19.56	−9.65
Informal medio	27.83	30.06	28.74	27.64	26.66	23.90	−14.12
			De origen vegetal				
Formal bajo	34.40	33.72	34.09	34.11	33.06	33.05	4.80
Formal medio bajo	31.30	29.38	30.76	30.45	31.13	30.69	−1.95
Formal medio	31.04	28.62	29.91	31.16	29.07	31.69	2.09
Informal bajo	39.96	31.74	29.32	31.43	33.24	31.96	0.00
Informal medio	31.73	31.53	32.37	32.29	32.42	35.43	11.66

* La diferencia entre el total y la suma de proteínas animales y vegetales, se refiere a alimentos procesados u otros productos de ambos orígenes.

FUENTE: Misma del cuadro 1.

CUADRO 9
Cantidad de alimentos comprados semanalmente por las familias de los estratos formal medio e informal medio
(*área metropolitana de la ciudad de México*)
(*kilogramos*)

	Formal medio		*Informal medio*	
Producto	*1er. lev.*	*6to. lev.*	*1er. lev.*	*6to. lev.*
Maíz en grano	n.d	n.d	n.d	n.d
Tortilla de maíz	7.34	9.60	9.19	12.25
Masa	n.d	n.d	n.d	n.d
Harina de trigo	0.19	0.10	0.07	0.14
Pan dulce	0.88	0.60	0.87	0.47
Pan blanco	2.46	3.37	2.74	3.15
Hojuelas de maíz	n.d	n.d	n.d	n.d
Galletas	0.13	0.09	0.04	0.06
Pastas	0.48	0.35	0.60	0.44
Arroz en paquete	0.50	0.50	0.54	0.70
Frijol	0.81	0.88	1.28	1.37
Papa	1.08	1.39	1.43	1.28
Jitomate	2.18	2.62	2.03	2.22
Chile	0.16	0.19	0.26	0.19
Cebolla	0.40	0.51	0.54	0.60
Lechuga	n.d	n.d	n.d	n.d
Zanahoria	n.d	n.d	n.d	n.d
Plátano	1.04	0.81	1.07	0.69
Manzana	n.d	n.d	n.d	n.d
Limón	0.44	0.32	0.84	0.40
Naranja	n.d	n.d	n.d	n.d
Aceite vegetal	0.67	0.74	0.85	0.56
Azúcar	1.17	1.22	1.38	1.63
Carne de res	0.80	0.52	0.39	0.37
Carne de cerdo	0.12	0.18	0.16	0.20
Pollo	0.74	0.50	0.96	1.21
Carne de ovicaprino	0.17	0.26	0.04	0.18
Leche fresca	9.06	10.38	9.39	9.32
Huevo de gallina	1.53	1.43	1.64	1.60
Manteca de cerdo	0.15	0.09	0.14	0.04
Pescado fresco	0.15	0.10	0.12	0.08
Mariscos	n.d	n.d	n.d	n.d
Pescado seco	0.01	n.d	0.01	0.01
Atún	0.12	0.06	0.05	0.05
Total	32.78	36.80	36.71	39.20

n.d. = No hay datos.
FUENTE: Misma del cuadro 1.

CUADRO 10
Contenido proteico de cinco productos seleccionados
(*gramos*)

	Formal medio		*Informal medio*	
Producto	*Junio 1985*	*Febrero 1988*	*Junio 1985*	*Febrero 1988*
Tortilla	77.15	90.24	85.77	113.28
Leche pasteurizada	56.49	57.88	5.95	51.16
Pan blanco	36.78	44.61	36.37	41.51
Frijol	27.85	26.90	38.80	41.25
Huevo	30.77	25.78	25.74	24.99
Total	229.04	245.41	238.63	272.19
Participación porcentual respecto al total de la canasta	43.80	49.72	55.26	63.04

FUENTE: Misma del cuadro 1.

CUADRO 11
Porcentaje del gasto en alimentos de acuerdo al tipo de establecimiento
(*área metropolitana de la ciudad de México*)

	Junio de 1985	*Febrero de 1988*
Estrato formal medio		
Establecimientos pequeños*	84.2	86.3
Tiendas oficiales**	9.4	5.0
Supermercados	6.0	8.1
Estrato informal medio		
Establecimientos pequeños*	79.7	85.0
Tiendas oficiales**	12.0	4.1
Supermercados	8.0	10.6

* Incluye: Tiendas de abarrotes, mercados públicos, vendedores ambulantes y establecimientos especializados.

** Incluye: Conasupo, Liconsa, tiendas del DDF y tiendas sindicales.

FUENTE: Misma del cuadro 1.

3. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL IMPACTO ECONÓMICO DE LA CRISIS EN LAS CLASES MEDIAS

NORMA SAMANIEGO DE VILLARREAL
Comisión Nacional de los Salarios Mínimos

INTRODUCCIÓN

La magnitud de la crisis actual, después de cuatro decenios de crecimiento ininterrumpido de la economía mexicana, ha tenido un impacto innegable en el nivel de vida de los distintos grupos sociales. Sin embargo, el deterioro aparece distribuido asimétricamente desde la propia asignación del ingreso nacional entre los factores de la producción, las ramas de actividad y las regiones del país, hasta las unidades familiares. En estas últimas, las diferencias en las fuentes y en los niveles de ingreso y ahorro, el acceso desigual al capital y a servicios y prestaciones en especie, así como la mayor o menor capacidad de ajuste a la inflación y a la contracción de la demanda, han determinado diferencias significativas en la magnitud absoluta y relativa de las repercusiones.

¿Cuál ha sido el impacto económico de la crisis en las "clases medias" después de un prolongado periodo de expansión económica en el que estos grupos se vieron favorecidos? Es éste el tema de las siguientes reflexiones.

Sin desconocer las posibles diferencias conceptuales para definir a las clases medias como categoría social, se parte aquí de algunos de los principales rasgos sociológicos propuestos para delimitar el tema central de este seminario. Se les caracteriza como un grupo social intermedio entre el proletariado y los grupos que detentan el poder económico y político, en el que predominan numéricamente los asalariados, al lado de trabajadores por cuenta propia, fundamentalmente comerciantes, profesionales independientes o propietarios de negocios pequeños y medianos, residentes fundamentalmente en el medio urbano y con niveles de escolaridad superior al promedio nacional. Se trata de ubicar a este grupo dentro del marco de la distribución familiar del ingreso, para plantear posteriormente algunas reflexiones sobre su vinculación con el proceso económico y con los efectos

que la actual crisis pudo haber tenido en la economía de estos grupos sociales.

Proporción que representan en la población y en el ingreso

Los rasgos esenciales que presentaba la distribución familiar del ingreso en 1977 permiten tener una idea esquemática de la proporción que representaban las llamadas "clases medias" en la sociedad en su conjunto y de su participación en el ingreso global en el quinquenio previo a la crisis. Como lo indica el cuadro 1, el 40% representado por las familias más pobres, recibían el 10.4% de los ingresos totales. En este grupo, donde encontramos una alta proporción de trabajadores del campo y marginados urbanos, el ingreso medio familiar era de poco menos de la mitad de un salario mínimo. Los tres deciles siguientes —todavía con ingresos inferiores a la media nacional y muy cercanos al salario mínimo— comprendían un grupo importante de trabajadores asalariados urbanos de bajos ingresos, así como de pequeños artesanos, vendedores y otros trabajadores por cuenta propia. Era hasta el octavo decil cuando empezaban a encontrarse familias con ingresos por arriba del promedio nacional y donde podría empezar a hablarse de las llamadas "clases medias".

Sin tener fronteras precisas, esta categoría social constituía un grupo altamente heterogéneo, que englobaba a parte de los trabajadores urbanos ubicados en los tres deciles superiores. Los deciles octavo y noveno tenían un predominio de familias urbanas —43% residía en las tres áreas metropolitanas más grandes del país— con ingresos medios cercanos a 2.6 veces el salario mínimo. Una proporción predominante de dicho ingreso provenía del salario, aun cuando también se encontraban no asalariados, fundamentalmente trabajadores por cuenta propia en el comercio y los servicios. Parte importante del último decil —alrededor del 50% de éste— estaba constituido por un grupo al que se podría llamar "clase media alta", en el que predominaban los asalariados de ingresos elevados —ejecutivos de empresas privadas, servidores en los cuadros medios y altos del gobierno— y en menor número los profesionales independientes, cuyos patrones de consumo empezaban a asemejarse a los de la cúpula. Esta última estaba constituida por alrededor del 2% de las familias totales, en cuyo ingreso aumentaba su peso relativo el capital, a través de

utilidades empresariales, rentas de inversiones físicas y financieras, e ingresos mixtos.[1]

Aun cuando no es posible obtener una delimitación exacta de las clases medias en este tipo de encuestas, éstas constituían en 1977 un grupo minoritario —alrededor del 25% de las familias— en el que se concentraba aproximadamente el 43% de los ingresos generados en el país. Era éste un grupo altamente heterogéneo en su interior, tanto en sus niveles de ingreso, como en las fuentes que contribuían a su generación. Su nivel de escolaridad superaba notoriamente al de los primeros siete deciles, y entre sus jefes de familia se contaba una alta proporción de los egresados de un nivel superior y de los que habían alcanzado educación media superior, así como una proporción importante de trabajadores con educación media dedicados fundamentalmente a actividades por cuenta propia.

El desarrollo económico de 1940 a 1980 y la dinámica de las clases medias

El ritmo alto y sostenido de crecimiento de la economía mexicana en los cuatro decenios comprendidos entre 1940 y 1980 significó cambios sustanciales en la estructura económica y una expansión acelerada de la población urbana, en la que se concentró parte importante de la mejoría en los niveles de vida y de ingreso (cuadro 2).

Entre 1940 y 1980 el PIB per cápita se multiplicó más de tres veces, en forma paralela a un proceso intensivo de urbanización y a una transformación sectorial de la estructura productiva y ocupacional de la población. Junto a tales cambios económicos creció la disponibilidad global de alimentos, el índice de analfabetismo se abatió de 53.9 al 16.6%, el sistema educacional multiplicó su cobertura y la mortalidad general descendió de 22.8 a 6.3% por millar. La sensible mejoría de éstos y otros indicadores no representó, sin embargo, un beneficio uniforme, y la elevación de los niveles de ingreso y de escolaridad, salud, alimentación y vivienda oculta en alguna medida la permanencia, y en algunos casos la acentuación, de las diferencias entre el campo y la ciudad, o la distribución desigual de los beneficios hacia gru-

[1] Existe una fuerte subestimación generalizada en los ingresos de capital en este tipo de encuestas.

pos que pudieron mejorar su posición relativa, entre ellos las clases medias.

El quinquenio previo a la crisis

El quinquenio que precedió a la crisis de 1982 se caracterizó por un auge económico vinculado al petróleo, que permitió a la economía posponer los efectos de una recesión y crear un espejismo de bonanza que intensificó entre las clases medias y altas un modelo consumista de producción y de demanda.

Entre 1978 y 1981 el PIB creció a una tasa media anual de 8.4%, sustancialmente mayor a la histórica y a la de otros países en el mismo lapso; los ingresos por exportación de petróleo se multiplicaron más de siete veces; las importaciones se expandieron aún más, y con ello, el déficit en cuenta corriente; el gasto público pasó de poco menos de la tercera parte a casi la mitad del PNB en 1982, y el déficit de este sector casi triplicó su proporción en dicho agregado. Al tiempo que la economía crecía aceleradamente, se intensificaba el endeudamiento externo, se exacerbaban los déficit de la balanza de pagos y de las finanzas públicas y cobraban mayor fuerza diversos problemas de naturaleza estructural, factores que aunados al endurecimiento progresivo del marco externo, habrían de precipitar una violenta crisis, cuyos efectos económicos se hicieron sentir en amplios sectores de la población.

La irrupción de la crisis en 1982

El año de 1982, cuando la economía mexicana entró en la crisis más severa de los últimos 50 años, constituyó en muchos sentidos un punto de inflexión en las tendencias de la economía. Por primera vez desde la posguerra el producto cayó en términos reales, la inversión se contrajo bruscamente y el consumo final frenó su ritmo de expansión, al tiempo que el desempleo duplicó su magnitud respecto al año anterior y el déficit presupuestal, la inflación y el endeudamiento externo alcanzaron niveles sin precedente.

El desequilibrio externo en aumento y la pérdida acelerada de reservas internacionales intensificaron las presiones sobre el tipo de cambio, que en febrero de 1982 fue devaluado en 67.0%. A la acumulación de estos desequilibrios se sumó la contracción

violenta de la entrada de capital externo, situación a la que siguió un severo programa de ajuste.

La línea dominante de la estrategia económica de ajuste —aplicada con distinta intensidad a lo largo de los años que lleva la crisis— ha sido la severa contracción del gasto público y los salarios, con la consecuente disminución de la demanda interna, el cumplimiento del servicio de la deuda y la tentativa de encontrar en la exportación no petrolera un motor distinto de impulso al crecimiento.

El impacto diferencial de la crisis

La magnitud de la contracción en la producción y en el ingreso, así como la presencia simultánea de un proceso de inflación elevada, se han reflejado en el deterioro de las condiciones de vida de la población en general y en la pérdida de posición relativa de algunos grupos sociales.

Algunos de los efectos sociales más evidentes se pueden sintetizar en la fuerte caída del ingreso monetario real de los asalariados, que en 1986 representó casi el 63% del de 1981 (cuadro 3); el abatimiento considerable del ritmo de absorción de mano de obra en numerosas ramas del sector moderno, y la cancelación de puestos de trabajo en números absolutos en algunas de ellas. Ante esto una elevada demanda generacional de ocupación remunerada, ha significado el crecimiento visible del subempleo y la compresión significativa de las estructuras de consumo de una proporción mayoritaria de la población.

La intensidad de dichos efectos no ha sido, sin embargo, uniforme en todos los sectores de actividad, fuentes de ingreso y grupos sociales. Las mismas disparidades estructurales preexistentes en los niveles de ingreso, en el acceso a los recursos y en los niveles de educación, salud y alimentación, que en la época de crecimiento acelerado impidieron el logro de una distribución social más homogénea de los frutos del crecimiento, constituyen factores subyacentes que explican en parte importante el desigual costo social de la crisis.

Por lo que respecta a los efectos diferenciales entre campo y ciudad, es posible que el mayor impacto relativo haya recaído en el medio urbano, en el que reside la mayor proporción de trabajadores sujetos a ingresos fijos, donde se ubican las actividades productivas más dañadas por la contracción de la demanda y el empleo —principalmente en la industria productora de bienes de

capital y de consumo duradero— y donde el retiro de los subsidios se ha reflejado en costos cada vez mayores del transporte y los servicios públicos.

Aun cuando no dejan de reconocerse los efectos que la coyuntura desfavorable pudo tener en el campo y en los grupos más vulnerables de este sector, en el que se ubican carencias sociales extremas, el impacto en el agro, en contraste con el que se dio en la industria, ha sido mitigado en parte por la conjunción de ciclos agrícolas favorables, que han permitido mantener o incrementar la producción respecto al periodo anterior a la crisis, por una política de precios de garantía.que ha permitido ajustar los ingresos de los productores agrícolas en condiciones menos desfavorables que las de los asalariados, así como por la presencia de la economía de traspatio en buen número de familias rurales.

El impacto de la crisis en las clases medias

El efecto social más contundente de la crisis se encuentra en la compresión del ingreso de los trabajadores asalariados y de otros grupos de ingresos fijos, parte de los cuales constituyen un elemento muy numeroso de las clases medias.

Los asalariados de clase media, si bien presentan en términos absolutos un nivel más alto en la satisfacción de sus necesidades básicas que otros grupos de menores ingresos, recibieron posiblemente uno de los impactos más violentos en términos relativos. Varios elementos parecen apoyar esta hipótesis: por una parte, el trabajo asalariado era la única fuente de ingreso para una proporción considerable de familias de clase media. (Tanto en los estratos más pobres como en los de mayores posibilidades económicas el ingreso familiar está más diversificado.) Por otra, la contracción real del salario monetario en los niveles medios ha seguido un patrón similar al de los salarios mínimos —y en los periodos más críticos su compresión ha sido aún mayor. Por lo que respecta a sus estructuras de gasto y a las mayores exigencias del medio laboral en el que estos trabajadores se ubican, han estado expuestos a una más amplia gama de efectos inflacionarios.

Aunque resulta más difícil extraer conclusiones respecto a la situación de los no asalariados de clase media, dada su alta heterogeneidad —profesionistas independientes, propietarios de negocios medianos y otros trabajadores por cuenta propia—, existen evidencias de que una proporción importante de ellos se enfrentó a una muy sensible contracción de la demanda de los

bienes y servicios que producen y, por tanto, su capacidad de mantener sus ingresos y ajustar sus precios a la inflación pudo verse también limitada. Un ejemplo de ello ha sido la desviación de la demanda de la medicina particular a la medicina social, como resultado de la contracción del ingreso de las clases medias, o la recesión que ha afectado a empresas pequeñas y medianas proveedoras de bienes y servicios al sector público ante el recorte presupuestal.

Frente a la compresión de su ingreso monetario, los asalariados de clase media han recurrido a distintos elementos de amortiguación, entre ellos los servicios públicos de carácter institucional, las prestaciones en especie y las fuentes de ingreso complementario.

En las familias de clase media limítrofes en sus ingresos con las categorías sociales inmediatas inferiores, un recurso amortiguador de la crisis han sido los servicios médicos provistos por la seguridad social, así como la educación pública, particularmente la de niveles medios y superiores. Se ha observado, en efecto, que a pesar de la declinación en el ritmo de incorporación de derechohabientes al IMSS y al ISSSTE en los últimos cinco años, la demanda de servicios médicos de estas instituciones se ha incrementado de manera exponencial, lo que revela que algunos grupos de asalariados de clase media que anteriormente no hacían uso frecuente de los servicios médicos a los que tenían derecho han empezado a recurrir a los mismos con mayor asiduidad. Una situación similar se observa en la educación, donde la disminución absoluta de la matrícula en educación privada de nivel medio y la intensificación en el crecimiento de la de carácter público parece reflejar un fenómeno similar.

La proporción representada por las prestaciones en especie, ha determinado diferencias sensibles en el impacto real de la inflación entre los asalariados. Este tipo de remuneraciones, que había venido creciendo durante el auge petrolero en las ramas vinculadas al sector industrial, amortiguó en algunos grupos la caída del ingreso monetario; sin embargo, la muy alta heterogeneidad en su distribución entre las empresas y entre los niveles jerárquicos de los propios asalariados impide generalizar sus efectos.

Un tercer elemento de amortiguación en la caída del ingreso familiar —tanto de familias de trabajadores asalariados como no asalariados— pudo haber sido el incremento en las fuentes complementarias de ingreso. No obstante, la baja tasa de crecimiento del empleo asalariado en el sector formal de la economía (2.9%

entre 1981 y 1986) induce a pensar que la búsqueda de ingresos complementarios se ha dado principalmente a través de trabajo por cuenta propia.

Si bien la compresión del ingreso familiar ha sido uno de los efectos más generalizados de la inflación, es preciso reconocer que este fenómeno ha actuado también en favor de algunos grupos, generalmente minoritarios, entre ellos los que adquirieron bienes inmuebles o activos con préstamos contratados en condiciones preinflacionarias, o aquellos que se vieron favorecidos en prácticas especulativas como las que se dieron en ocasión de la devaluación de 1982, o en el auge reciente de la bolsa de valores. En otros asalariados de clase media alta, el acceso a las prestaciones en especie se ha vuelto más frecuente en los esquemas de remuneración —despensas, vales con descuento, cuotas de gasolina, pagos de colegiaturas, gastos médicos o clubes deportivos— y ha venido a compensar o atenuar los efectos de la inflación en sus niveles de ingreso.

La baja radical del ingreso real de una parte mayoritaria de las clases medias y la cancelación de oportunidades de empleo, no sólo han determinado cambios impactantes en las condiciones de vida de estos grupos sociales sino que empiezan a producir transformaciones en la estructura de la producción. Se observa una caída muy marcada de los mercados de productos típicos de clase media —automóviles y bienes duraderos de uso doméstico— y han tendido a acentuarse los contrastes entre dos categorías de bienes y servicios: los orientados al consumo masivo de los estratos de ingreso bajo, a los cuales han pasado a asimilarse parte de las clases medias, y aquellos de alta sofisticación para una minoría que ha podido permanecer relativamente al margen de los efectos de la inflación.

Todo lo anterior refleja una polarización acentuada, que denota la erosión en la posición económica y la cancelación de las oportunidades de una parte significativa de las clases medias, entre las que se ha abierto una fragmentación frente a las minorías que han podido mantener niveles altos de ingreso real.

CUADRO 1

México: Distribución y origen del ingreso. Estructura del gasto y características de los hogares en los distintos grupos de ingreso, 1977

	Grupos de ingreso					
			Medio			
	Muy bajo	*Bajo*	*Medio bajo*	*Medio alto*	*Alto*	*Total*
% de las familias	40.0	30.0	20.0	5.0	5.0	100.00
% del ingreso total	10.4	22.7	30.3	12.7	23.9	100.00
Ingreso familiar mensual ($)	1 196	3 500	6 991	11 787	22 137	4 623
Relación con el salario mínimo general	0.4	1.3	2.6	4.3	8.1	1.7
Composición porcentual del ingreso por origen						
Total de ingresos	*100.0*	*100.0*	*100.1*	*100.0*	*100.0*	*100.0*
Salarios	56.0	73.6	74.4	76.3	64.2	70.1
Renta empresarial	35.0	20.5	19.9	16.8	24.8	22.4
Renta de la propiedad	0.2	0.2	0.3	0.4	3.1	1.0
Transferencias	8.5	5.4	5.0	4.8	4.8	5.3
Ventas de bienes muebles	0.3	0.3	0.5	1.7	3.1	1.2

CUADRO 1 (*continuación*)

	Grupos de ingreso					
			Medio			
	Muy bajo	*Bajo*	*Medio bajo*	*Medio alto*	*Alto*	*Total*
Estructura porcentual del gasto familiar						
Total de gastos	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*
Alimentos y bebidas	64.3	56.6	47.0	38.6	25.5	44.7
Prendas de vestir	9.0	9.6	11.1	12.6	10.3	10.5
Alquileres, electricidad, combustibles y reparaciones	5.7	7.3	7.2	6.3	5.6	6.5
Enseres domésticos, muebles y accesorios	7.0	7.3	8.0	8.6	9.5	8.2
Cuidados médicos	3.6	2.9	3.0	3.0	3.8	3.2
Transporte	3.8	6.0	9.7	13.3	22.1	11.8
Esparcimiento	1.1	2.8	4.0	4.5	6.1	4.0
Educación	0.9	1.4	1.9	2.6	3.1	2.1
Otros bienes y servicios	3.4	4.1	4.8	5.3	6.0	4.8
Transferencias otorgadas	1.2	2.0	3.3	5.2	8.0	4.2
Instrucción del jefe del hogar (%)						
Total de hogares	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.6*	*100.0*	*100.0*
Sin instrucción	45.8	21.6	11.5	8.2	3.5	27.7
Primaria incompleta	44.9	45.4	34.1	22.8	10.7	40.0
Primaria completa	6.3	20.1	24.2	20.7	16.2	15.2
Estudios de nivel medio	1.6	8.4	15.6	16.8	14.8	7.9

Estudios de nivel medio superior	0.4	2.4	7.3	13.3	13.1	3.7
Estudios de nivel superior	0.1	1.3	6.9	17.9	40.4	4.7
No especificado	0.9	0.8	0.4	0.9	1.3	0.8
Tamaño de la localidad de residencia (%)						
Total de hogares	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.5*
Hasta 10 000 habitantes	23.8	6.8	3.7	1.9	1.5	12.9
De 10 001 a 500 000 habitantes	69.4	64.0	53.0	49.2	38.6	62.0
De más de 500 000 habitantes	6.8	29.2	43.3	48.9	59.9	25.6
Otras características del hogar						
Personas por hogar	4.9	5.8	6.1	6.0	5.0	5.5
Perceptores por hogar	1.3	1.5	1.8	2.0	2.0	1.5
Menores de 12 años por hogar	1.9	2.3	2.1	1.7	1.5	2.0
Personas de 12 a 64 años por hogar	2.7	3.3	3.9	4.1	4.2	3.3
Personas de 65 años y más por hogar	0.3	0.2	0.1	0.2	0.2	0.2
Edad promedio/jefe del hogar (años)	46.1	42.1	42.7	44.5	45.8	44.1
Número de cuartos por vivienda	2.2	2.8	3.7	4.6	5.7	3.0

Nota: Convencionalmente se definió para este análisis como grupo de ingreso muy bajo a las familias comprendidas en los cuatro primeros deciles de ingreso; como grupo bajo se incluyen las de los tres siguientes deciles; como medio bajo a las de los dos siguientes deciles; como medio alto a las del 5% inferior del último decil y como alto a las del 5% superior del último decil.

FUENTE: Elaboración de la autora con datos de la Secretaría de Programación y Presupuesto. *Encuesta nacional de ingresos y gastos de los hogares, 1977.*

CUADRO 2

México: Indicadores seleccionados de alimentación, salud, educación y vivienda, 1940-1980

Concepto	*1940*	*1950*	*1960*	*1970*	*1980*
Alimentación[1]					
Disponibilidad per cápita (gramos en peso neto por día)					
Cereales	334.5	385.9	424.5	431.0	
Leguminosas y oleaginosas	27.5	37.0	58.3	55.0	
Raíces feculentas	13.1	14.1	19.1	18.0	
Verduras	28.6	29.1	27.7	51.0	
Frutas	93.2	103.5	114.6	124.0	
Carnes	39.9	31.4	45.9	57.0	
Leche	225.5	209.0	268.9	244.3	
Pescados y mariscos	2.6	2.6	3.2	6.3	
Huevo	8.3	9.4	11.9	14.9	
Azúcar	59.8	61.9	84.0	98.9	
Calorías	1 991	1 166	2 522	2 619	2 803
Proteínas totales	54.3	58.8	72.0	72.0	72.2
Proteínas animales	17.1	15.0	22.6	22.7	23.9
Educación[2]					
% de analfabetismo en población de 15 años y más[3]	53.9	43.4	34.6	24.7	16.6
Matrícula total/población total %	8.0	11.1	16.0	22.0	30.2
Escolaridad promedio (años en población de 15 años y más)	1.7	2.1	2.8	3.7	4.3

Salud[4]					
Mortalidad general (por 1 000 habs.)	22.8	16.2	11.5	10.1	6.3
% de muertes por enfermedades infecciosas y parasitarias	43.1	34.6	25.5	23.1	13.7
Mortalidad infantil (por 1 000 habs.)	125.7	96.2	74.2	65.6	38.8
Esperanza de vida al nacer (años)	41.45	49.69	58.93	62.14	68.06
Vivienda[4]					
% con agua entubada (dentro y fuera de la vivienda)	—	17.1	32.3	49.4	65.8
% con drenaje	—	—	28.9	41.5	51.0
% con electricidad	—	—	—	58.9	74.8

FUENTES:

[1] Ramírez Hernández, Juan, Adolfo Chávez, *et al.* (36), con datos del Instituto Nacional de la Nutrición. La columna de 1970 contiene información de 1969, que fue la más cercana disponible. La información de 1980 es de la FAO.

[2] SEP, Dirección General de Programación.

[3] SEP, ***Boletín bibliográfico del sistema de educación abierta***. México, D.F., 1985. (Índice para población de 15 años y más.)

[4] SPP, INEGI (13), *Estadísticas históricas de México*. México, D.F., 1985.

CUADRO 3

México: Salario mínimo, salario medio en el sector formal, masa salarial y excedente de explotación, 1977-1985

Concepto	*1977*	*1978*	*1979*	*1980*	*1981*	*1982*	*1983*	*1984*	*1985*
Salario mínimo real[1]									
Índice 1980 = 100	110.6	109.0	107.5	100.0	101.1	101.1[5]	78.9	71.8	70.9
Variación anual %		−1.4	−1.4	−7.0	1.1	—	−22.0	−9.0	−1.2
Salario medio real[2]									
Índice 1980 = 100	105.2	103.3	103.1	100.0	102.9	104.3	78.4	68.4	66.3
Variación anual %		−1.8	−0.2	−3.0	2.9	1.4	−24.8	−12.8	−3.0
Salario medio/salario mínimo	184.7	183.9	186.1	194.8	198.0	200.8	195.1	185.5	182.1
Remuneración real de los asalariados[3]									
Índice 1980 = 100	81.7	85.6	94.8	100.0	111.2	107.5	77.9	76.1	n.d
Variación anual %	0.9	4.7	10.8	5.5	11.2	−3.3	−27.6	−2.3	n.d
Proporción respecto al PIB	38.9	37.9	37.7	36.1	37.4	35.8	28.8	27.7	n.d.

Excedente de explotación real[4]									
Índice 1980 = 100	77.3	85.0	91.6	100.0	102.6	104.2	111.9	118.8	n.d.
Variación anual %	3.5	10.0	7.8	9.2	2.6	1.6	7.4	6.2	n.d.
Proporción respecto al PIB	49.6	50.4	49.7	50.1	49.0	48.6	55.1	56.5	n.d.

[1] Salario mínimo nacional promedio en el año, deflactado con el índice nacional de precios al consumidor para el estrato de ingresos de hasta un salario mínimo, del Banco de México.

[2] Salario medio de cotización de los asegurados en el Instituto Mexicano del Seguro Social, deflactado con el índice nacional de precios al consumidor del Banco de México.

[3] Remuneración total de los asalariados de acuerdo con las cuentas nacionales, deflactada con el índice nacional de precios al consumidor.

[4] Excedente de explotación de acuerdo con las cuentas nacionales, deflactado con el índice de precios implícito del PIB.

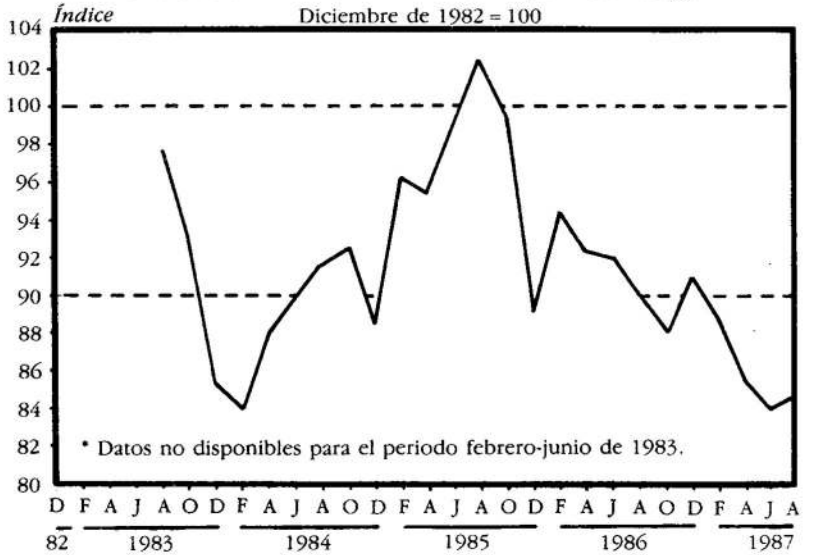
[5] En razón de que en marzo de 1982 la Secretaría del Trabajo y Previsión Social recomendó un aumento del 30% a los salarios mínimos, que se fue aplicando gradualmente en las distintas empresas y no se generalizó sino hasta noviembre, es difícil precisar el nivel real del salario mínimo en ese año. En este cuadro se supone que se mantuvo al nivel real del año anterior.

n.d. = no hay datos.

FUENTE: Elaboración propia con datos de: Comisión Nacional de los Salarios Mínimos; Instituto Mexicano del Seguro Social, *Memorias estadísticas* (varios años); INEGI-SPP, *Cuentas nacionales de México* (varios años).

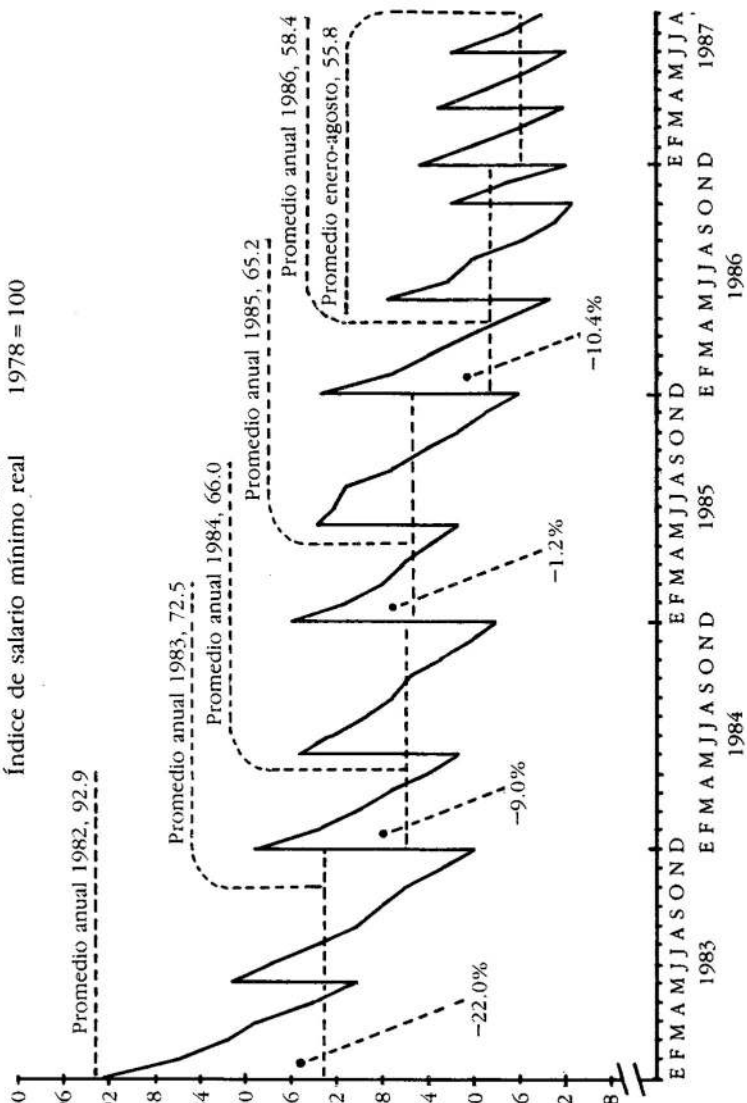
GRÁFICA 1

Evolución de la masa salarial real de la población asegurada



GRÁFICA 2

Evolución del salario mínimo real y la masa salarial


GRÁFICA 3
Índice de salario mínimo real 1978 = 100
Promedio anual 1982, 92.9
Promedio anual 1983, 72.5
Promedio anual 1984, 66.0
Promedio anual 1985, 65.2
Promedio anual 1986, 58.4
Promedio enero-agosto, 55.8
−22.0%
−9.0%
−1.2%
−10.4%
100
96
92
88
84
80
76
72
68
64
60
56
52
48
E F M A M J J A S O N D
1983
E F M A M J J A S O N D
1984
E F M A M J J A S O N D
1985
E F M A M J J A S O N D
1986
E F M A M J J A
1987

4. EL COMPORTAMIENTO POLÍTICO DE LAS CLASES MEDIAS EN LA CRISIS

SOLEDAD LOAEZA
El Colegio de México

El tema de las clases medias normalmente tiende a ahuyentar a los investigadores, menos por razones ideológicas que por el grado de dificultad que ofrece su estudio. El problema que plantean de entrada no es menor, porque lo primero que tiene que resolver quien se enfrenta a un tema heterogéneo y en ocasiones hasta amorfo, es el de las fronteras de su objeto de estudio. A diferencia de otros grupos sociales que son perfectamente identificables como la clase obrera, el campesinado o el empresariado, las clases medias parecen carecer de límites naturales. Cuando se habla de ellas siempre parece necesario calificarlas de alguna manera: urbanas, emergentes, tradicionales, progresistas, conservadoras. Lo interesante es que la mayor parte de los calificativos que se utilizan para especificarlas nos remiten a actitudes políticas. Tal parecería que la condición de clase media está definida no sólo por criterios socioeconómicos sino que comporta igualmente una variable política. De tal suerte que la delimitación de clase debe hacerse a partir de la identificación tanto de una determinada posición en la estructura socioeconómica como de una posición en el espectro político-ideológico de la sociedad de la que se trate.

La importancia de esta primera reflexión reside en que a partir de ella podemos plantear la pregunta crucial para cualquier discusión en torno al comportamiento político de estos grupos. ¿Las clases medias tienen un comportamiento político específico? O bien, como clases subordinadas, ¿son grupos que carecen de autonomía política y, por consiguiente, de originalidad? Para responder a estas preguntas que no son de ninguna manera obvias, lo primero que hay que hacer es identificar los intereses específicos de estas clases, si acaso los tienen. A partir de ahí se pueden interpretar sus movilizaciones, temas y formas de lucha política, sus aliados y sus adversarios.

La variedad de grupos que quedan comprendidos dentro de

la categoría de clases medias —que en este caso definiremos como grupos urbanos que desempeñan actividades en el sector muy amplio del trabajo no manual y que poseen una escolaridad de por lo menos seis años— parece ser un obstáculo para la identificación de un interés común. Esto es, ¿cuál puede ser el factor de convergencia de grupos entre los que parecería natural la ausencia de unidad?

Esta pregunta, planteada de diferentes maneras, ha recibido distintas respuestas. La mayoría de las veces se subrayan factores externos, fundamentalmente sus relaciones con otros grupos sociales, para explicar el comportamiento y las divisiones políticas de las clases medias, que unos opten por la derecha y otros por la izquierda, por la vía partidista o por la vía extraparlamentaria. Por ejemplo, movilizaciones amplias de clase baja tienden a producir coherencia en el interior de las clases medias, de tal manera que se simplifica la diversidad de posiciones políticas que parecería generar naturalmente la heterogeneidad de estatus, ingresos y ocupación que caracteriza a las clases medias. Así, ante la percepción de una amenaza como podría ser el avance del proletariado, los profesionistas, empleados y pequeños comerciantes se organizan para elaborar estrategias de defensa que parten del interés común fundamental: la supervivencia como categoría social autónoma. Ciertamente, las clases medias también pueden estar amenazadas por determinadas políticas de las clases altas o por desarrollos sociales favorables a estas últimas, por ejemplo, un creciente proceso de estratificación social con la consiguiente obturación de los canales de movilidad. En ese caso también el conflicto de intereses con grupos externos depura el interés de las clases medias y permite la formación de una base común de comportamiento. Ésta ha sido una de las interpretaciones dominantes de la Revolución mexicana, por ejemplo.

Existen, sin embargo, situaciones en las que el comportamiento de las clases medias no obedece a factores externos, sino que es producto de cambios en las actitudes y expectativas de estos grupos. En ese caso, la identificación de un interés común es resultado de la precisión de un perfil de clase, definido por la evolución de la estructura social, y su afianzamiento como grupo social diferenciado. Esto es, en esas condiciones las clases medias reconocen los puntos de convergencia en su interior a partir de la especificación de características propias, antes que ante la amenaza supuesta o real de otros grupos sociales.

En México las clases medias cuentan con una vieja tradición de comportamiento político específico, que se ha expresado en

momentos que han pasado a ser fundamentales para la evolución histórica del país. A pesar de que puede haber numerosos desacuerdos en cuanto a la composición de estos grupos o en lo que se refiere a su delimitación, parece indiscutible que han desempeñado un papel de liderazgo en el cambio político. Así ocurrió durante la Independencia, la Reforma, la Revolución y en numerosas ocasiones a lo largo del siglo XX. Ahora bien, no en todos los casos han actuado motivadas por las mismas razones y tampoco han mantenido la unanimidad ideológica y política, porque si bien el origen de sus protestas y movilizaciones hasta antes de 1945 pudieron haber sido factores externos, después de la Segunda Guerra Mundial se han movilizado impulsadas por los cambios profundos que en su interior acarreó la modernización del país. De ellos la más importante a ese respecto ha sido la consolidación de una cultura de clase que han logrado imponer como la cultura dominante en la sociedad. El aspecto central de este fenómeno es que les ha permitido afianzar su posición en la estructura social.

Las clases medias han sido de las principales beneficiarias del crecimiento. Tanto así que no sólo se han expandido de manera notable, sino que cuando ha habido alguna redistribución del ingreso, en términos proporcionales ha favorecido en particular a estos grupos. Al menos así ocurrió entre los años de 1973 y 1980.

Desde que se inició en México la crisis económica en 1982 y a lo largo de la recesión, se ha creado en el seno de grupos de clase media antes conformes con la situación prevaleciente y no participacionistas, una especie de estado de alerta político que, dadas las características del autoritarismo mexicano, ha provocado tensiones e inquietudes de una cierta gravedad. Numerosas contiendas electorales que se han celebrado en este periodo han sido escenario de enconados enfrentamientos y conflictos, sobre todo en algunos estados del norte del país, donde los protagonistas fundamentales han sido grupos de clase media que se han acogido al Partido Acción Nacional para expresar su descontento. La fuerza de este tipo de oposición, sumada al deterioro de la institución presidencial, a severas críticas en los medios de comunicación y al abierto distanciamiento entre el poder público y un sector importante del empresariado nacional, han propiciado serias dudas en torno a la legitimidad del sistema político y la capacidad de éste para renovarla. La oposición de las clases medias ha estado en el corazón de este cuestionamiento.

Ahora bien, en este caso, si bien es cierto que la inflación ha obligado a estos grupos a modificar su consumo y que la recesión

está erosionando su nivel de vida, esta movilización parece obedecer más a factores internos que externos. Por ejemplo, cuando los grupos de clase media habitantes de Ciudad Satélite que estudia María Luisa Tarrés* se lanzan al activismo político, que lo hacen no porque sientan su existencia amenazada por un proletariado en marcha, por marginados amotinados o por una burguesía atrincherada en una estructura de poder excluyente, sino porque el reformismo político y el crecimiento económico de los años setenta introdujeron nuevos elementos en su cultura de clase que incidieron en la modificación de algunas actitudes básicas como por ejemplo el conformismo y la no participación.

Desde esta perspectiva, la protesta de las clases medias movilizadas en torno a la oposición electoral tiene en la mayoría de los casos el sentido de defensa de una posición de privilegio. Aun en el caso de los estudiantes universitarios que en los últimos meses han tratado, infructuosamente por cierto, de articular una amplia movilización en contra de las políticas estatales, encontramos que su lucha por una universidad popular es en buena medida la defensa de una posición privilegiada, porque de cualquier forma el acceso a la educación universitaria sigue estando reservado a los hijos de las muy diversas clases medias, al menos en la mayor parte de las instituciones de enseñanza superior del país. El hecho de que la defensa de una posición de privilegio sea la motivación fundamental de esta movilización, posición que sienten amenazada por la ineficiencia y la corrupción gubernamentales y por la incapacidad del Estado para mantener tasas elevadas de crecimiento, permea la naturaleza de sus demandas y también sus formas de comportamiento, introduciendo con ello una diferencia fundamental con respecto a movilizaciones anteriores.

En algunos aspectos su comportamiento no se ha modificado sustancialmente y registra más continuidades que cambios. Ahora como antes, sus vías privilegiadas de participación son los partidos políticos, aunque durante los años setenta algunos grupos intentaron la vía sindical, en particular los universitarios. Tampoco podemos perder de vista que no han recurrido a la violencia anti-institucional, a menos de que se consideren como tal los bloqueos al paso fronterizo en Ciudad Juárez que organizaron panistas inconformes con los resultados electorales, como una acción extraparlamentaria, aunque de alcance muy limitado. Incluso podría decirse que el hecho de que la expresión de rechazo más desafiante que ha enfrentado el poder en México en los últimos

* Véase su trabajo más adelante en esta misma publicación.

años haya sido electoral, tiene un cierto efecto estabilizador, en la medida en que canaliza la protesta a través de las vías establecidas, en virtud de lo cual ha podido ser contenida, si bien no absorbida en su totalidad. Desde este punto de vista podría decirse que, al menos hasta el momento, la protesta de las clases medias es conservadora, aun cuando al mismo tiempo sea estridente. Comportamiento, por otra parte, consistente con el hecho de que defienden una posición de privilegio.

En la medida en que para manifestar su descontento estos grupos no han recurrido a la formación de nuevos partidos, sino que han echado mano de los existentes, a derecha e izquierda, en la medida en que su protesta no ha desbordado las vías establecidas de participación, han manifestado el deseo de que se modifiquen prácticas del poder, pero no su estructura. Por supuesto puede argumentarse que cambios en ese nivel inducirían en el sistema mexicano transformaciones profundas, porque unas elecciones limpias serían en sí mismas una modificación sustantiva de la estructura política. Sin embargo, en este caso resulta pertinente comparar esta situación con la de otros países en donde la inflación precipitó posiciones radicales en el seno de las clases medias, que condujeron a la instauración de dictaduras. En México, pese a todo, estas clases medias que repudian el autoritarismo, el inmovilismo político, la corrupción y la intolerancia priista, no han propuesto soluciones de fuerza ni han expresado la tentación del golpe militar, no han renunciado a la superioridad del gobierno civil ni a una repugnancia tradicional en contra de la violencia institucionalizada. Es decir, las clases medias mexicanas en la actualidad han protestado contra el autoritarismo y la antidemocracia; por lo tanto, aunque le reprochen al Estado los "desórdenes" políticos y económicos del populismo pasado, no han repudiado ni la república ni la libertad. Al contrario, la libertad es en estos momentos su lema fundamental.

Otro punto que es interesante destacar en cuanto a cambios y continuidades en el comportamiento de las clases medias se refiere a sus formas de organización. Decíamos antes que estos grupos han seguido recurriendo a los partidos como medio fundamental de organización y expresión política; no obstante, esto no significa que no hayan utilizado otras formas de organización social que también tendrían un sentido defensivo. A este respecto encontramos que las clases medias mantienen hasta la fecha una larga tradición asociativa de los intereses particulares, tendencia que en los últimos tiempos se ha fortalecido. Así por ejemplo, los colegios de profesionistas, las asociaciones de ex

alumnos de ciertas escuelas u órdenes religiosas, desde luego las organizaciones laicas dependientes de la Iglesia y las asociaciones de colonos o de residentes han adquirido en los últimos tiempos un brillo particular. Esto se explica no sólo porque se hayan multiplicado, sino también porque han actuado de manera eficaz en la defensa de los intereses de sus asociados y porque se han manifestado abiertamente como instancias no políticas de defensa social que, sin embargo, en momentos críticos se politizan para convertirse en una extraordinaria infraestructura de organización para los partidos políticos que saben utilizarlas. Estas instancias de participación tienen en México una larga historia que se remonta al siglo XIX, pero que en el siglo XX cobró nuevo ímpetu, sobre todo como reacción ante el afán organizativo del gobierno cardenista, que se dirigió en primer lugar a obreros y campesinos. Las clases medias, al margen de esta actividad estatal, por decisión propia y del poder mismo, prefirieron formar sus propias organizaciones, indispensables para su supervivencia frente a un Estado que parecía omnipotente y omnipresente. Desde esta perspectiva, las clases medias han sido protagonistas de un arraigado corporativismo social, creado como alternativa necesaria al poder del Estado y para defensa de los intereses propiamente sociales.

De suerte que tampoco en este aspecto encontramos innovaciones profundas en cuanto a mecanismos de defensa de los intereses de las clases medias.

Lo anterior no significa que la protesta actual de las clases medias pueda ser descartada por el poder público y tratada con indiferencia. El afianzamiento de la posición de las clases medias que se produjo durante los años de expansión reciente, les aseguró un papel político fundamental para el mantenimiento de una estabilidad de largo plazo. Tanto así, que el resquebrajamiento del consenso entre estos grupos y el poder puede tener efectos intensamente perturbadores para el sistema político mexicano. Las demandas de las clases medias pueden ser una amenaza para el *statu quo* porque pueden influir sobre el comportamiento de otros grupos sociales, en particular las clases bajas, y arrastrarlas en una movilización generalizada cuyo desenvolvimiento y destino final tampoco ellas son capaces de prever. Así pues, sus inquietudes y protestas son otros tantos puntos de fragilidad en el equilibrio del sistema, mismos que se profundizan por las contradicciones en el interior de estos grupos.

Aun cuando hayamos sugerido que en los últimos años la crisis económica ha sido una fuente de cohesión para las clases me-

dias, que les ha permitido encontrar puntos de convergencia entre sí, esto no significa que la unanimidad vaya más allá de la conciencia de que su posición está amenazada por el deterioro económico. En realidad, hasta ahora las diferencias entre ellas parecen ser todavía más numerosas que las coincidencias. La división tradicional entre derecha e izquierda, progresismo o conservadurismo, o como quiera llamársele, se ha reproducido en este periodo de crisis. Tanto así, que el Estado debe enfrentar demandas contradictorias de grupos que, aunque pertenecen al mismo conjunto social, expresan visiones distintas en cuanto al problema de la seguridad pública, la democracia o las funciones deseables del propio Estado. Así por ejemplo, mientras los miembros del Consejo Estudiantil Universitario consideran que las manifestaciones públicas y las marchas callejeras son un derecho inviolable de la sociedad que el Estado debe respetar y garantizar, grupos importantes de clase media piensan que esta movilización universitaria ha puesto en entredicho la paz pública y que, por consiguiente, es preciso controlarla.

Éste sería sólo uno de los muchos temas que dividen a las clases medias mexicanas. Aunque por ahora los nuevos agrupamientos políticos en el interior de estos grupos no se han impuesto de manera definitiva, es necesario prever la posibilidad de que una exacerbación del autoritarismo electoral, sumada a la prolongación de la recesión, genere un grado tal de unanimidad que el Estado mexicano se vea obligado a enfrentarse a un amplio frente de oposiciones que desborde los límites de su capacidad de respuesta. Es decir, todavía ahora, al iniciarse el año 1988, es válido preguntarse si la persistencia de algunos de los motivos centrales de la protesta reciente de las clases medias no provocará finalmente una alteración de los comportamientos y las creencias, de tal suerte que estos grupos se vean obligados a imaginar nuevas formas de rechazo todavía más perturbadoras para el sistema político mexicano que las que hasta ahora han expresado.

5. LA OPOSICIÓN POLÍTICA Y LA IDEA DE DEMOCRACIA ENTRE LAS CLASES MEDIAS EN LA COYUNTURA ACTUAL

MARÍA LUISA TARRÉS
El Colegio de México

Este trabajo es una reflexión general sobre el proceso de politización de las clases medias mexicanas a partir de un estudio de caso, el de la comunidad de Ciudad Satélite. Para cualquier habitante de la zona metropolitana de la ciudad de México es relativamente obvio que la población de Ciudad Satélite pertenece a la clase media. La duda, quizás, se podría plantear cuando se trata de definirla de acuerdo con criterios socioeconómicos, que permitieran clasificarla como alta, media o baja, o con base en los criterios que consideran la posición de los individuos en el proceso de producción y de reproducción, utilizados por la teoría marxista tradicional o estructuralista. El problema de la definición de la clase media es espinoso y contiene la serie de dificultades teóricas y metodológicas que se señalaron en la sesión anterior.

En este trabajo, la conceptualización se resuelve en forma distinta, pues se privilegia el análisis de sectores sociales que se movilizan de manera colectiva, y posteriormente se caracteriza la población de acuerdo con variables socioeconómicas. En este enfoque interesa sobre todo detectar la forma en que los sectores medios definen una identidad colectiva, delimitan a otros grupos y clases como aliados o adversarios y defienden o luchan por demandas sociales y políticas. En suma, se trata de detectar las formas en que las clases medias se definen como actores sociales y políticos.

Si bien el análisis de Ciudad Satélite no pretende ser generalizado, sí permite ejemplificar un proceso nuevo: la conformación de la identidad social y política entre las clases medias a partir del espacio urbano. Este proceso no es único. También se ha presentado, con matices distintos, en ciudades de provincia como Monterrey, Puebla, San Luis Potosí, y en las ciudades fronterizas con los Estados Unidos. Las bases empíricas de las reflexiones que siguen provienen de tres estudios realizados en la comunidad de Satélite: *a)* el primero es una reconstrucción de la historia de esa

comunidad donde se privilegian las movilizaciones colectivas desarrolladas alrededor de los servicios urbanos desde 1960, fecha en que se crea la Asociación de Colonos;[1] *b)* un segundo trabajo sobre el papel desempeñado por las mujeres en la creación de organizaciones comunitarias y en la definición política de la población,[2] y *c)* una encuesta aplicada a una muestra representativa de la población que vive en el fraccionamiento, cuyo objetivo fue obtener una descripción de sus características socioeconómicas y probar algunas hipótesis sobre los procesos de movilidad social y participación política.

Estos estudios dan las bases empíricas para reflexionar sobre el proceso de oposición electoral y las demandas por democratizar el sistema político nacional que se han ido desarrollando entre las clases medias en los últimos años.

Debido a que es imposible resumir los resultados de las investigaciones en esta presentación, señalaremos algunos de ellos en tres partes. En la primera se esbozará una descripción de las características socioeconómicas de la población y el papel que jugaron las acciones colectivas en la formación de una oposición política; en la segunda se tratará de definir, a nivel exploratorio aún, la idea que sobre la democracia ha desarrollado la población estudiada, y en la tercera parte se presentarán algunas conclusiones preliminares sobre las condiciones que permiten la formación de actores de oposición entre los sectores medios.[3]

1. El caso de Ciudad Satélite

La población que habita en Ciudad Satélite presenta un doble interés. Por un lado los indicadores socioeconómicos permiten definirla como parte de la clase media mexicana y, por otro, sus habitantes tienen una historia colectiva común, que constituye la base sobre la que se genera un proceso de politización acelerado desde 1982, año que marca el comienzo de la crisis de la economía

[1] María Luisa Tarrés, "Del abstencionismo a la oposición política en las clases medias en Ciudad Satélite", *Estudios Sociológicos*, El Colegio de México, vol. IV, núm. 12, diciembre de 1986.

[2] María Luisa Tarrés, "Crisis and Political Opposition Among the Mexican Middle Classes", *International Sociology*, vol. 2, núm. 2, junio de 1987, pp. 131-150.

[3] Se debe tener en cuenta que la información en que se sustentan estas ideas recién se está analizando, de modo que, por el momento, el análisis debe ser considerado como exploratorio.

nacional. Con el propósito de dar una imagen de esta comunidad presentaremos primero algunas de sus características socioeconómicas y luego señalaremos las dimensiones de las movilizaciones que tienen influencia en el comportamiento de oposición electoral.

a) Características socioeconómicas de la población de Ciudad Satélite

El alto nivel educativo, la propiedad de una vivienda, el monto de los ingresos y el predominio del trabajo asalariado no manual permiten hacer referencia a una clase media en el caso de Satélite.

En efecto, un rasgo común a toda la población es que el 93% de ella es propietaria de la vivienda que ocupa. Esta característica es importante pues de alguna manera limita las generalizaciones que podrían deducirse de este trabajo. Los niveles de educación de la población son altos pues el 58% de los jefes de hogar poseen educación universitaria, y el resto ha terminado la preparatoria o la secundaria. La mayor parte de los jefes de hogar son asalariados, ya que el 48% trabajan como empleados y el 18% lo hacen como ejecutivos. El resto trabaja por cuenta propia o son propietarios de comercios o empresas pequeñas. Según los niveles de ingreso, la población se distribuye así: 21% de los entrevistados reciben entre 3 y 5 salarios mínimos; 38% entre 6 y 9 salarios mínimos y 40% más de 10 salarios mínimos.

No estaría de más retener dos dimensiones estructurales que permiten afinar esta caracterización y que a la vez son útiles para la comprensión del comportamiento del sector. La primera dimensión se refiere al origen socioeconómico de la población. Un análisis de la ocupación y del nivel escolar de los padres y abuelos de los entrevistados permite concluir que cerca de un 82% de los jefes de hogar provienen de familias de clase media y que un 15% vivió un proceso de clara movilidad social ascendente pues sus padres fueron obreros o campesinos. Esto significa que en la población predomina la reproducción por sobre la movilidad ascendente.

La segunda dimensión se refiere a la situación actual de las familias y conviene retenerla para relativizar el análisis del impacto de la crisis en la economía familiar. Se trata de señalar en forma somera una serie de arreglos que son desarrollados normalmente por las familias para establecer un determinado nivel y estilo de vida y que actúan como amortiguadores en situaciones de crisis

pues permiten controlar sus efectos a nivel de la unidad familiar.

El uso de estos arreglos o estrategias varía entre las familias, pero se puede resumir así:

1. El recurso a un segundo empleo. La encuesta indica que el 31% de los jefes de hogar realiza normalmente dos trabajos.
2. La participación económica de otros miembros de la unidad familiar. En el 35% de las familias trabaja más de una persona.
3. El recurso al mundo financiero y bancario para complementar el ingreso familiar. Un 59.7% de las familias tiene ahorros o inversiones a largo plazo en instituciones bancarias, casas de bolsa y otros.
4. El ahorro por medio de inversiones en bienes raíces. Existe una importante proporción de la población (40%) que invierte en propiedades (terrenos y departamentos) para asegurar la economía familiar, el futuro de los hijos y una jubilación para la vejez, más que para obtener una renta. La mayor parte de estas propiedades son ocupadas por familiares.

Este conjunto de actividades forman parte de la vida cotidiana de la población, y constituyen mecanismos que le permiten afrontar situaciones críticas.

Existe una minoría que no desarrolla ninguna de estas actividades y es muy afectada por la crisis en sus niveles de consumo cotidiano. Las familias que se encuentran en esta situación podrían ser caracterizadas como aquellas en las que sólo hay un miembro integrado al mercado de trabajo: éste es empleado y tiene un solo empleo, normalmente en el sector privado, sus hijos tienen más de 20 años y la mayoría no tiene profesión.

b) Las movilizaciones

La segunda dimensión que justifica la selección de la población de Ciudad Satélite como caso de estudio, es que desde 1960 se presenta allí un largo proceso de movilización social alrededor de demandas urbanas, y porque presenta un comportamiento electoral de oposición consistente. En 1982, la población de Satélite eligió al primer diputado panista por mayoría de la ciudad de México, y éste no es un hecho casual pues en 1985 el triunfo del PAN se repitió.

En este sentido Ciudad Satélite representa un proceso nuevo; la formación de una oposición electoral entre las clases medias

mexicanas. Las raíces de este proceso se encuentran en las movilizaciones y en las organizaciones locales que contribuyen a la formación de una identidad colectiva, que tiene dimensiones de clase.

La hipótesis que subyace en esta reflexión es que la crisis que afecta la economía desde 1982 no es un elemento suficiente para explicar la aparición de las clases medias en la escena política nacional.

Para cualquier observador es cierto que, si bien existe un malestar generalizado, una indignación por la corrupción y una percepción de que la crisis es provocada por el gobierno o sus representantes, la oposición electoral aparece sólo en ciertos lugares, en algunas ciudades o distritos electorales específicos.

Esta observación permite deducir que debe existir algo más que la crisis para explicar por qué la oposición política aparece sólo en algunos lugares. Se trata de seguir a los clásicos de la sociología y de explicar lo social por lo social, evitando reducir los comportamientos a un mecanismo de estímulo (la crisis) y respuesta (la oposición política).

El caso de Ciudad Satélite muestra que la población vive la crisis económica sobre todo como una disminución de los niveles de consumo, y como inflación. Sin embargo, también juegan otros elementos de la coyuntura nacional entre los que destaca la apertura del sistema político y, en especial, la reforma política instaurada a partir de 1977, que permite el juego electoral.

Pero ni siquiera estos elementos son suficientes para comprender la presencia de conductas electorales de oposición en sectores definidos. La explicación pasa por un análisis de la historia local, que en el caso de Satélite está marcada por movilizaciones que se han desarrollado a lo largo de 30 años. Aun cuando no tiene sentido detallar este proceso,[4] es importante considerar algunas de las características que, a nuestro juicio, permiten entender cómo una comunidad de clase media pasa del abstencionismo a la oposición electoral y política.

En primer lugar, hay que señalar que la base de estas movilizaciones es la organización que surge, por razones triviales, alrededor de demandas por mejoras urbanas y de servicios. El desarrollo de esta acción colectiva es menos trivial pues la comunidad de Satélite no sólo logra que el municipio acepte la autoadministración de sus servicios sino que también sirve como ejemplo de

[4] Un análisis de la historia de las movilizaciones se puede ver en Tarrés, "Del abstencionismo. . .", *op. cit.*

organización vecinal a las decenas de fraccionamientos que se construyeron en el norte de la ciudad de México. La importancia social y política de estas organizaciones ha variado en las distintas coyunturas; sin embargo, con el tiempo ha logrado consolidarse con la formación de una federación de asociaciones de colonos. Así, una organización que surgió con base en intereses locales muy parciales llega a tener influencia regional. También es necesario considerar que detrás de las movilizaciones hay dos organismos: la parroquia local y la asociación de colonos, que han jugado un papel central y constante en la conformación de una identidad comunitaria.

La asociación y la parroquia locales estimulan la formación de los grupos más diversos de mujeres, de profesionales, ecologistas, padres de familia, etc., que por medio de una densa red de organizaciones generaron una sociedad local muy activa. La encuesta aplicada a una muestra representativa señala que un 73% de la población participa en forma activa en la asociación de colonos y que un 60% asiste regularmente a misa. Estos datos refutan la imagen de una clase media individualista, centrada en la vida privada y en la satisfacción de sus aspiraciones de consumo exclusivamente.

Es muy probable que la población de Ciudad Satélite presente características especiales que influyen en sus altas tasas de participación. Una proporción muy elevada (57%) de los jefes de hogar es migrante, es decir, es originaria de otra entidad federativa (Ciudad Satélite se encuentra en el Estado de México); cerca de un 16% está en un proceso de franca movilidad ascendente. Estos datos indican que la mayoría de la población carece de redes de relaciones y de grupos de pertenencia. Deben por lo tanto movilizarse y ser muy activos en la creación de su identidad social a partir de la creación y la participación en redes sociales nuevas. De ahí los altos niveles de participación.

La acción no se limita, sin embargo, a la formación de grupos y a la participación en la toma de decisiones en organizaciones y en movilizaciones urbanas locales, sino que produce comportamientos y valores nuevos. Este proceso es largo y se presenta en distintos niveles.

En un primer nivel se puede afirmar que la experiencia colectiva permitió la práctica de la democracia comunitaria. Debido a que la asociación administró los servicios urbanos durante 15 años a partir de un esquema organizacional basado en la participación, la comunidad aprendió allí a ejercer la democracia y se familiarizó con los procedimientos electorales y con el manejo

de los diversos intereses, de modo que se desarrolló una democracia local que es orgullo de la comunidad.

En un segundo nivel de análisis es claro que la práctica democrática y la relación conflictiva con las autoridades permite la definición de un adversario común. La comunidad, principalmente a través de la asociación de colonos, mantiene contactos cotidianos con las autoridades municipales y estatales para negociar y resolver problemas relacionados con los servicios urbanos y las políticas municipales. A partir de esta relación, la comunidad aprende que el sistema de toma de decisiones, así como la participación que se practica en la asociación y en otros grupos comunitarios, son distintos al clientelismo que marca las formas de acción del sistema político. Así, desde que comienza la historia local en 1957-1960, las autoridades municipales y estatales son percibidas como corruptas e ineficientes, porque aparecen aliadas a las empresas constructoras y a los fraccionadores que no respetaron ni las normas del diseño original de Ciudad Satélite ni los programas de desarrollo de uso del suelo del área norte de la ciudad de México. En resumen, hay un proceso de individualización, de formación de una identidad local en el sentido de que el grupo se autopercibe como distinto y mejor, en el sentido moral, que el gobierno.

La otra institución que juega un papel quizás más difuso pero no por eso menos importante, es la Iglesia local. La Iglesia, a través de su activismo, refuerza la participación y da cuerpo a un discurso paralelo al del Estado, no sólo en términos ideológicos, sino también con relación a coyunturas políticas nacionales.[5] De acuerdo con la información proporcionada por representantes de las parroquias, la gente de Ciudad Sátelite se "convierte" a la práctica religiosa activa, de modo que esta comunidad, junto a la de Zamora, Michoacán, pasa a ser una de las más activas del país.

Así aparecen nociones como las de sociedades intermedias y la del bien común, que comienzan a generalizarse. No es quizás coincidencia que esas dos ideas sean manejadas también por el PAN.

En este ambiente de producción de acciones colectivas, en 1982 es elegido diputado federal por el PAN el maestro Armando Gordillo, hombre que debe su popularidad al semanario del cual es director y que está orientado a los problemas de los sectores medios del norte de la zona metropolitana de la ciudad de Mé-

[5] Un análisis de los temas de la *Revista Familiar Satélite*, publicada por el párroco local en colaboración con el consejo parroquial, donde participa gente de la comunidad, da base a estas afirmaciones.

xico. El triunfo de Gordillo es claro y está respaldado por las organizaciones y grupos locales. Las entrevistas realizadas en la población muestran que la gente votó por un conocido, por un vecino, más que por el partido que representaba.

Curiosamente, el apoyo abierto del PAN se produce posteriormente, como respuesta a una iniciativa del gobierno estatal que, con el fin de controlar al electorado, dividió el distrito electoral XVIII. La comunidad reacciona ante esta medida cerrando filas alrededor del recién elegido. La acción del gobierno crea así un comportamiento inesperado ya que la población se define como comunidad frente a una amenaza externa. Esta iniciativa fortalece al PAN y convierte al PRI y a las autoridades municipales en adversarios de la comunidad.

Desde esa fecha, el PAN ocupa el espacio comunitario desarrollando actividades y estimulando la formación de diversos grupos, de tal manera que en las elecciones legislativas federales de 1985 triunfa Amado Olvera, antiguo presidente de la Asociación de Colonos de Echegaray, y en 1987, Gordillo es nombrado candidato de su partido a la presidencia municipal de Naucalpan.

Resumiendo, se puede afirmar que en la politización de los habitantes de Ciudad Satélite influyen sus características socioeconómicas, la presencia de una identidad comunitaria y las estrategias de las autoridades estatales y municipales que utilizan medios de control arcaicos frente a una población con un alto nivel de educación, inserta en el sector moderno de la economía y acostumbrada a practicar la democracia a nivel local.

2. La demanda democrática y sus dimensiones

Desde que el PAN gana las elecciones en 1982, la población comienza a exigir la democratización del sistema de representación y el respeto al voto. La encuesta aplicada en 1987 habla por sí sola. Existe un gran descontento por el fraude electoral, el dedazo y la corrupción. Más aún, ante la pregunta de si México es o no democrático, las respuestas fueron claras. Un 31% afirma que en el país hay un sistema democrático, un 47% niega su presencia y un 21% afirma que en el país hay lo que los entrevistados llaman "una democracia *sui generis*"

Los significados de este último concepto cambian. Para la mayoría, sin embargo, significa que "México es democrático en teoría mas no en la práctica"; todos piensan que el sistema es perfectible y que su papel como ciudadanos es participar en la de-

mocratización. Si bien las respuestas a una encuesta de opinión deben analizarse con cuidado, es claro que ese 21% que define al sistema político mexicano como democracia *sui generis*, reconoce en primer lugar un hecho real, el carácter específico del ejercicio del poder en el país, y de paso considera como legítimo al sistema de dominación legal. Las opiniones, sin embargo, adquieren valor cuando se relacionan con los procesos en que están involucrados los entrevistados.

Pareciera que la población de Ciudad Satélite, familiarizada con el ejercicio de la democracia a nivel local, elevó esta práctica a una demanda de tipo nacional. A un nivel más abstracto, ¿podría afirmarse que la práctica democrática local produce una demanda por la democracia del sistema político nacional?

La encuesta muestra claramente dos dimensiones:

a) La población presenta actitudes de crítica sistemática y consistente al ejercicio del poder en el sistema político y electoral vigente. Exige limpieza en las elecciones, alternancia de partidos y erradicación de la corrupción.

Es claro que la práctica democrática de la comunidad y la presencia de un partido de oposición como el PAN, que fundamenta su crítica en principios de participación democrática, genera la demanda por democratizar el sistema político a nivel nacional. La imagen de un parlamento plural respondería, quizás, a esta reivindicación.

b) Sin embargo, en una sociedad tan desigual como la mexicana, la democracia es algo más que el fortalecimiento del parlamento o la consolidación de un pluralismo partidista. La democracia necesariamente tiene que reconocer la igualdad de los distintos grupos y clases sociales en el proceso político.

¿Cómo participarían los diversos sectores sociales, los marginados, los grupos étnicos, los analfabetas en el sistema de representación democrática imaginado por este sector de clases medias?

Curiosamente, a través de una democracia restringida. En efecto, un porcentaje importante de la muestra (que varía entre 25 y 37%) opina que los analfabetas, los indígenas, los desempleados, los militantes de partidos de izquierda y de oposición *no* tienen los mismos derechos.

Para que estos sectores puedan ejercer sus derechos ciudadanos deben desarrollarse previamente políticas que los equiparen con el resto de la sociedad. Así, los analfabetas deberán aprender a leer, los desocupados encontrar un trabajo y los indios integrar-

se a la sociedad nacional, antes de ser considerados como ciudadanos. Por su parte el Estado debe controlar a los militantes de izquierda o a los de la oposición.

Aun cuando la mayoría de la población (63%) tiene una concepción amplia de la democracia, al incluir en igualdad de condiciones a todos los grupos sociales, es evidente que en las demandas por democratizar el sistema político nacional se mezclan distintos significados.

Para un 37% de la población de Ciudad Satélite la reivindicación democrática oculta una defensa evidente de sus privilegios. El concebir un sistema de representación restringido a ciertos sectores sociales evidencia una concepción elitista del poder político y una necesidad de control de los sectores que pueden representar un peligro para la estabilidad de las clases medias del país. Estos sectores marginalizados del proyecto de la clase media son las clases populares y la izquierda.

La información proporcionada permite hacer algunas observaciones. En primer lugar, la demanda democratizadora, basada en principios de tipo moral, no puede ser evaluada en abstracto, pues tiene distintos significados. En segundo lugar, es claro que la práctica de la democracia a nivel local no genera necesariamente actitudes democráticas hacia la sociedad nacional. El ejercicio democrático en la comunidad se realiza entre miembros de la misma clase social y enfatiza por tanto el uso de los mecanismos de representación. En cambio, el ejercicio de la democracia a nivel nacional implica el reconocimiento de diversas clases sociales y al mismo tiempo la aceptación de su participación en igualdad de condiciones.

El caso de la población de Ciudad Satélite muestra que para un grupo considerable, la demanda por la democracia se limita a una mayor participación de la clase media en el sistema de representación. En este sentido, podemos concluir que la pertenencia a la clase media en una sociedad tan desigual como la mexicana produce actitudes defensivas en relación con los sectores populares, y que éstas definen los límites de una demanda legítima como es la democratización del sistema de representación.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Las reflexiones anteriores pretendieron presentar el proceso de formación de oposición política entre las clases medias a partir de la comunidad de Ciudad Satélite.

Nos preocupó mostrar el origen y desarrollo de un proceso complejo, en el cual influyen la adscripción socioeconómica de la población, la crisis por la que atraviesa la economía nacional y, sobre todo, una serie de dimensiones de carácter local que permiten la formación de una identidad colectiva, la definición de un adversario y la formulación de una demanda común: la democratización del sistema político vigente.

La complejidad de este proceso permitirá, quizás, romper con la idea generalizada de que la crisis económica produce mecánicamente oposición electoral. Existe una serie de mediaciones que es necesario analizar para comprender por qué es en ciertos lugares y/o sectores donde se generan acciones colectivas entre las clases medias.

La crisis económica, que la clase media vive como una disminución en sus niveles de consumo, y quizás como una fractura de sus aspiraciones de movilidad social, es un factor necesario en la explicación pero no es suficiente. No toda la población de Ciudad Satélite, y menos toda la clase media nacional, ha salido del abstencionismo o ha decidido votar por el PAN. Sólo un análisis de la compleja red de mediaciones permite comprender el proceso de formación de oposición electoral y política entre las clases medias.

Si bien este trabajo no pretende generalizar, contiene algunas ideas y aportes que podrían ser evaluados a partir de otros estudios. Debido a que se refieren a distintos temas y a problemas teóricos o metodológicos de diverso nivel, lo señalaremos por separado.

1. En México las clases medias, al igual que los sectores populares, definen su identidad colectiva a nivel urbano. El "fraccionamiento", una forma colectiva de organización de la vivienda entre los sectores de ingresos medios facilita este proceso. Las clases medias no se expresan necesariamente en organizaciones como los sindicatos, las cámaras de comercio y los colegios profesionales, que la teoría ha definido como "naturales" para la expresión de los intereses colectivos. Su acción social y política se estructura también alrededor de asociaciones vecinales, parroquias locales o en el barrio.

Y esto puede obedecer a las posibilidades de creación de grupos y redes sociales basados en intereses comunes, alejados del control estatal.

2. Debido a que la acción se estructura alrededor de los servicios urbanos, el adversario común es el Estado, y no las clases principales. En este sentido, las clases medias urbanas pueden de-

sarrollar comportamientos con autonomía de los partidos políticos o de los sectores organizados.

3. El comportamiento colectivo de la clase media tiende a defender un estilo de vida y a crear una forma diferente de hacer política, que se caracteriza por una gran eficiencia en la resolución de los problemas y por la práctica de una participación democrática a nivel local.

4. La familiaridad con mecanismos y organizaciones democráticos tiende a crear la demanda de democratización formal del sistema de representación nacional, pero no incluye una mayor participación de los sectores populares ni tampoco una reducción de las desigualdades sociales en el país.

5. Una evaluación de la demanda de democratización reivindicada por la clase media, a partir de la experiencia de Ciudad Satélite, debe considerar, al menos, dos dimensiones cuando se la refiere a la sociedad y al sistema de dominación. Por un lado contiene una *dimensión subversiva*, ya que las clases medias al exigir el pluripartidismo, la modernización del sistema y un juego electoral limpio están poniendo en duda el autoritarismo y las prácticas arcaicas que caracterizan al sistema político vigente. Por otro lado, la demanda de mayor democracia contiene una *dimensión conservadora*. Existe un importante núcleo de población entre las clases medias estudiadas que sostiene ideas restrictivas en relación con la participación popular o de grupos y partidos con signo de izquierda. La dimensión conservadora se acrecienta si se considera que un alto porcentaje de la población estudiada otorga al Estado la tarea de controlar a los sectores populares, a pesar de que en otro nivel el gobierno sea considerado como el adversario principal.

Este doble juego donde se mezclan dimensiones subversivas y conservadoras, marca la acción de las clases medias analizadas y define sus limitaciones para establecer alianzas o crear un proyecto de sociedad propio.

6. Finalmente, quisiéramos señalar que el enfoque que privilegia la formación y desarrollo de acciones colectivas ha constituido un instrumento analítico útil para reconstruir las bases sociales de la oposición política en un sector de la sociedad mexicana. No estaría, quizás, de más intentar aplicarlo en otros sectores sociales.

6. CLASES MEDIAS Y CULTURA NACIONAL

JOSÉ JOAQUÍN BLANCO

Si el término "clases medias" resulta muy fugitivo y difícil de precisar, los de cultura nacional y aun de cultura a secas, de suyo igualmente discutibles y discutidos, se ven aún más enturbiados en relación con ellas. Desde el punto de vista de los artistas y de los profesionales de la cultura, las clases medias son profundamente ignorantes: múltiples encuestas en diversos países, desarrollados o no, demuestran que las cifras de escolaridad no son garantía alguna de conocimientos asimilados y efectivos, ya no sofisticados, sino ni siquiera elementales tópicos de historia, religión o geografía. El sentido común es más frecuente entre los campesinos que entre las masas urbanas de clase media. Las aristocracias u oligarquías tienen más clara su visión cruda de la realidad. La clase media es la clase boba, el inmejorable campo de cultivo de los fanatismos más extravagantes y de las teorías más infantiles, estúpidas o maniqueas. El espiritismo, la dianética o la bobería carismática de moda, del zodiaco en los periódicos vespertinos a la lectura de las cartas, la mano o el café, no son precisamente mentalidades más ilustradas que el antiguo sentido religioso de la vida, aun el casi chamánico.

Se ha afirmado, y muchas veces con razón, que comunidades indígenas de cultura oral muestran mayor integración y eficiencia mental, una memoria histórica superior, una vida espiritual e intelectual más valiosa y realmente ejercida, una más clara visión frente a la realidad y hasta cierta reciedumbre o al menos entereza ante las adversidades, que las masas alfabetizadas de las urbes, para las cuales el simulacro cultural es un mero automatismo de escritorio y mostrador y un simple instrumento de prestigio social.

Desde principios del siglo pasado, la gran mayoría de intelectuales y artistas, surgidos de la propia pequeñoburguesía, la han despreciado en favor de la aristocracia o de la clase trabajadora; la llaman "vulgo vestido" o clase "semibárbara", con un semi que significa más que bárbara. Frente a su vulgaridad, su hipocre-

sía, su estrechez y su oportunismo moral y mental, la pobreza adquiere una esbeltez de espíritu y de dignidad real casi aristocrática.

Las clases medias son el único sector que necesita y pretende presentarse ante la sociedad como "culto"; carece de la gran riqueza que prescinde de un rubro tan modesto, y su importancia no está en el trabajo manual. De ahí que esta franja de pequeños empresarios, comerciantes o industriales, empleados, profesionistas, técnicos especializados, dé una relevancia beligerante a palabras como "cultura" y "decencia". Su fuerza quiere ser intelectual y moral, no laboral ni de gran capital. Esto ha conducido al reiterado fenómeno, en dos siglos, de creadores de cultura que se enemistan con su clase y se dedican a zaherirla: la cultura moderna es profundamente antipequeñoburguesa. Pero ¿quién califica lo que es o deja de ser cultura? ¡La propia clase media! De modo que puede ignorarlo todo y seguir, con el mayor aplomo y con toda la cara, pretendiéndose "ilustrada" por supersticiones, prejuicios, marcas comerciales, simplismos demagógicos, fanatismos, y toda la variedad del mal gusto y la cursilería.

¿Cuál es la cultura que sí tienen las clases medias? Un conjunto de conocimientos necesarios para su supervivencia como intermediarios entre los muy ricos y los muy pobres, que pueden ir de la contabilidad de mostrador a la lustrosa rutina de la computación, y que precisamente por ser "conocimientos ilustrados" se diferencian de la pretendida ignorancia del trabajo manual en el campo o en las fábricas; un conjunto de atavismos que las convencen a sí mismas de su superioridad intelectual y moral sobre el salvajismo de las aristocracias o de la plebe: el "bien" vestir, el "bien" hablar, el "bien" rezar, el "buen" comportamiento, y sobre todo, siempre, la "buena" apariencia. Es la clase aparador, la clase mostrador, la clase conmutador y dulce voz de recepcionista. Es evidente, por ejemplo, que un campesino analfabeta suele hablar, entre los suyos, un castellano más rico e integrado que la mescolanza de frases hechas de las ciudades; en buena parte del campo mexicano sobrevive el castellano clásico, con arcaísmos del siglo de oro español, que sin embargo la clase media, que huye de los clásicos como de las revoluciones, pretende equivocado: la importancia que otorga, en un país indígena y mestizo como el nuestro, a la "pureza" del castellano no es sino una preferencia estamental con respecto al idioma de los "impuros", aunque lingüísticamente el castellano tradicional, celosa y cariñosamente heredado, conservado, enriquecido de padres a hijos, sea notoriamente preferible a los balbuceos con dejo de video-clip del "culto" sector que se pasó años en la escuela para

aprender a leer sólo el *tele-guía* y las ofertas de los almacenes.

Sin embargo, no puede desconocerse que la gran mayoría de los intelectuales, los políticos, los religiosos y los profesionales provienen de las clases medias. Por eso estamos como estamos, añadiría un criticón. Aún más, el proyecto nacional liberal de las constituciones mexicanas de 1857 y de 1917, fue creado principalmente por clasemedieros y con el fin de favorecer en particular la formación y la expansión de las clases medias. La aristocracia o la oligarquía desprecian la cultura, incluso más que al trabajo manual: no hay un solo gran burgués en la historia de la cultura mexicana; por su parte, los pobres han seguido tres caminos: se escudan en su distancia y en su silencio para persistir en sus culturas tradicionales aunque no sean "ilustradas", prosperan y se vuelven reverente clase media, o sobre todo en las vastedades de la miseria urbana, entremezclan resabios pequeñoburgueses con restos de modos ancestrales de vida: la gallinita doméstica junto a la televisión, el póster porno debajo del Sagrado Corazón o de la Inmaculada.

Llegamos así a la nebulosa conclusión de que la cultura mexicana ha sido hecha por hombres de una clase media profundamente ignorante e hipócrita, que sólo retoma del tan llevado y traído acervo cultural algunas técnicas rentables (y rentadas) y algunos atavismos morales y de prestigio social. Ello le sirve para mal que bien sostenerse en su frágil equilibrio intermedio y para alimentar su soberbia o su rencor tanto contra los que están arriba de ella como contra los que están abajo en cuanto riqueza. Religión simulada, patriotismo simulado, conocimientos fantasmas y mucha etiqueta social.

Desde luego, no todas las clases medias son *la* clase media. Si se definiera a este sector a partir de cifras escuetas de ingresos, habría muchos campesinos pobres, fieles a la dignidad de una pobreza holgada, con más dinero que los empleados angustiados por un bienestar ilusorio y a crédito; si fuera a partir de normas de bienestar, hay pobreza bien administrada y clasemedierismo en bancarrota; si a propósito de pautas culturales, existen nuevos potentados (sobre todo mediante el enriquecimiento brutal a través del atraco político o de negocios delincuenciales como el narcotráfico) escandalosamente pequeñoburgueses, y también pobres muy elegantes, que saben gastar poco y andar ligeros de pretensiones, lo que les da una holgura vital de ricos.

Tomo como modelo actual de clases medias al más obvio: la franja urbana de trabajadores no manuales, que aspiran, suspiran y protestan en el laberinto del bienestar en que ha desembocado

el auge de la urbanización, de la intermediación comercial, de la burocracia y los servicios, que ocurrió en Mexico entre 1940 y 1980. Ese sector que gana o ganaba bien, pero gastaba mucho más; que efectivamente se expandía, pero con un sentimiento de estarse reduciendo, al enfrentar sus multiplicados apetitos a sus bastantes, pero no múltiples, satisfacciones. Es la clase ávida de lo que sea, y sobre todo de lo que menos necesita (el consumo inútil, como aparatos o ropa de escaso uso, se lleva buena parte de los gastos clasemedieros).

Por lo demás, tanto las principales teorías modernas sobre las clases medias como las que se refieren a la cultura y a la cultura nacional, se han desarrollado sobre todo en países ricos de clase media mayoritaria y ya establecida, y no reciente y minoritaria como en México, donde sigue representando rasgos de privilegio y servilismo muy acentuados. No es una clase fuerte, sino una clase miedosa: tanto con respecto a la mayoría pobre, como con respecto a sus superiores, especialmente el Estado y los grupos empresariales poderosos. Se siente aristocrática, se comporta como lacaya o capataz. Es muy parecida a las clases medias de Estados Unidos, Francia o Inglaterra en el siglo pasado; las que vemos en las novelas de Balzac o Dickens, o en las crónicas de la expansión primera de Nueva York o Chicago. Son nuevos mediosricos.

A los profesionales mexicanos de la literatura extrañó en un principio (en la época juarista) que no se escribiera lo suficiente sobre el país ni en el lenguaje hablado en México; hacia finales de siglo, extrañó (Mariano Azuela fue uno de los primeros en observarlo) que sólo se hablara de lo mexicano en términos de clase media: los poemas, novelas, obras de teatro y discursos parecían moverse en un país clasemediero que todavía no existía, y aun cuando se trataba de lo indígena, lo rural o lo aristócrata, incluso en los sótanos escabrosos de la prostitución, la delincuencia y el crimen, sólo había tonos y ropajes clasemedieros. Tal situación persiste un siglo después. La formación de clases medias fue una utopía liberal que soñaron, primero con mucho entusiasmo, los liberales de la Reforma, que don Porfirio estimuló (una de las defensas de su administración fue precisamente haber aumentado en las ciudades la cantidad y la importancia de sectores medios), y que se volvió bandera de los regímenes posrevolucionarios, aunque sin la vertiginosa velocidad que alcanzó a partir de 1940.

Los liberales soñaron un redentorismo a través de la modernización. El mesías se llamaba ferrocarriles, fábricas, bancos, exportaciones, ciudades, clases medias, castellanización, alfabetiza-

ción: tales rubros redimirían al país. Es explicable que ante el abismo de la desigualdad del siglo pasado se creyera tan optimistamente en la modernización a cualquier costo y en acabar con los pobres, para hacer clasemedieros de los sobrevivientes. Era al mismo tiempo muy buen negocio para los dirigentes de tal proyecto. No se pensó en alternativas, como por ejemplo la de hacer más habitable el campo y la pobreza, en lugar de negarlas o esconderlas tras la fachada de las clases medias urbanas. Ha habido hombres, de Altamirano a Cárdenas, que sí quisieron mejores pueblos con mayor productividad aldeana y servicios de salud, escuela, instituciones políticas y religiosas, en un nivel de modestia y tradición; pero en general se buscó acabar con el pasado y edificar la utopía de ciencia ficción de grandes ciudades modernas, contemporáneas de las potencias mundiales, aunque el campo siguiera igual, o incluso empeorara. No se pensó en mejorar la vida indígena según sus propios cauces, sino de volver ciudadanos modernos, liberales y castellanizados, a los indios que pudieran dar el salto.

En consecuencia, la única salida, la fórmula mágica, y a la vez la etapa impulsada por la propia política económica del Estado y de los capitales, fue la de escaparse del campo y de las comunidades rumbo a la ciudad y a la clase media. Después: rumbo a los Estados Unidos. El sueño mexicano. Desde los años sesenta, especialmente por el fracaso del "desarrollo estabilizador" y por la explosión demográfica, se advirtió que no había clase media para tantos, ni siquiera para los que ya pretendían serlo, y empezaron las manifestaciones de descontento por parte de sectores que, unas décadas antes, parecían la antesala inmediata a la prosperidad: médicos, profesores, profesionistas asalariados, estudiantes, técnicos especializados. El auge petrolero y el endeudamiento externo borraron un tanto, durante breve lapso, esta evidencia, que vino a cobrar perfiles apocalípticos con la crisis y las catástrofes de los ochenta.

La reacción de las clases medias es infantil, boba, muy agresiva. Tanta escolaridad para no entender nada: se echó la culpa de la crisis económica a la corrupción de unos cuantos políticos, que supuestamente tendrían toda la deuda externa en sus palacios y colinas, y se fincó toda la esperanza en la charlatanería de los demagogos de la honradez. Toda la disyuntiva política de la clase media ha sido entre reales o supuestos ladrones y sólo supuestos ángeles. Pero la clase media es muy ladrona; roba el salario de las sirvientas, presiona para despojar a los pobres de lo elemental para que se le siga subsidiando, se escandaliza de las

demandas salariales de los obreros y pretende solidarizarse con los patrones, en un delirio de grandeza propiciado por la burguesía, según el cual todos somos iniciativa privada, aun los tragafuego que desde luego, trabajan por su cuenta; la propia clase media de la burocracia estatal se ve en su amañado espejo como potentada privada en chiquito, con aspiraciones de agigantarse por arte de magia.

Sin embargo, la dura escuela de la vida va dejando enseñanzas. El odio y el desprecio a la pobreza y a sus signos, como el membrete de "trabajador", tiene que hacerse a un lado, y a regañadientes muchos profesionistas y empleados han aceptado el antes abominable *status* de "sindicalizados", y las aspiraciones aristocratizantes de la clase media van conjugándose con los servicios, antes repugnantes, del Estado: escuelas oficiales, clínicas del Seguro Social, vagones del metro, tiendas de la Conasupo. La proletarización de la clase media —no de toda, desde luego, las épocas de crisis ofrecen también oportunidades de enriquecimiento en algunas áreas—, sin embargo, ocurre en medio del rencor. No es sólo que se esté empobreciendo, sino que odia existencialmente todo símbolo de pobreza, aun los más sanos y eficientes como el ahorro, la conservación de los objetos, el sentido común de prescindir de lo superfluo o de lo bobo. Sería el momento de oponer la alternativa de la pobreza digna, holgada, sana, a la de la clase media simulada, angustiada y en bancarrota. Ser "cabeza de ratón y no cola de león", como decían los abuelos; aprender a vivir mejor con pocas pretensiones y administración individual y familiar sensata, y no querer seguir viviendo peor con todos los apetitos de una tarjeta de crédito ya bastante endeudada.

Demasiado tarde, acaso, pero la necesidad ha destacado algunas de estas políticas: el apoyo al municipio, intentos de descentralización económica, etcétera. Ante la catástrofe demográfica se inventó el irnos haciendo menos; ante la catástrofe económica se debería inventar o recordar la reivindicación de la pobreza digna contra el bienestar menesteroso: mejorar la vida aldeana, estimular la producción sobre el intermediarismo, y modificar el ideal de modo de vida que promueven tanto los medios comerciales de comunicación como los oficiales, según el cual sólo el consumo y el tipo de vida de las clases medias urbanas valen la pena sobre la tierra.

La crisis ha afectado a las clases medias, pero sobre todo a los pobres. Seguiremos siendo durante mucho tiempo un país pobre, y más nos valdría una modestia equitativa en el desarrollo,

extendida a todo el mapa, que la prolongación, ya en el abismo, de la "fórmula mágica" de salvar solamente a quienes se agarren a la tablita de la clase media urbana. Sin embargo, tanto los intereses del gran capital como de la estabilidad política, prefieren ir capoteando la adversidad de las clases medias, e insistir en que ésa es la gran utopía, el sueño nacional; y la capacidad de presión de las clases medias urbanas sigue siendo más significativa que la de los campesinos y los obreros.

Por definición, como producto del liberalismo, los sectores medios son individualistas, carecen no sólo de solidaridad nacional efectiva y prolongada, sino también de solidaridad de clase; cada clasemediero lucha para sí, por su lado, contra ricos, pobres y demás clasemedieros. En algunos momentos podrá unirse para hacer estallar su descontento, pero no está hecho el hombre urbano de este sector a las aspiraciones o manifestaciones comunitarias. Lo previsible, desde luego, es que la clase media alta suba un poco más y las otras caigan; el abismo no sería tan grande, si el terror al abismo no fuera tan supersticioso e histérico. El terror es más espantoso que sus causas, y en este sentido, las clases medias parecen más inermes ante la adversidad que el pueblo llano: basta comparar el estoicismo campesino ante una mala cosecha frente a la histeria clasemediera por el alza en la renta de videos o por la dificultad de comprar dólares.

De alguna manera, en el campo de la cultura nacional, estamos en una época, acaso tardía, pero necesaria, de crítica no sólo a los defectos de las clases medias, sino a sus supersticiosas utopías. Un país como México no puede permitirse una ideología como la norteamericana, según la cual Dios premia a los buenos en esta tierra con dones de bienestar y a los malos con miseria. Un país pobre no debiera demonizar la pobreza, ni promover el consumo superfluo o de desperdicio, ni estigmatizar la austeridad o la humildad; todo lo contrario, un país con mejores pobres —pobreza sana, bien alimentada, bien atendida— y mejores trabajadores: campesinos y proletarios con algo más de lo suficiente, y no clasemedieros con costosos simulacros y pobres reducidos a la extrema miseria. Pero, de ocurrir, se llevaría décadas intensas la destrucción de los soberbios espejismos anteriores. A todos, pobres y clasemedieros se nos enseñó, desde hace más de un siglo, pero sobre todo a partir de 1940, a soñar el costoso delirio del bienestar derrochador, ocioso, pretensioso; el sueño se está volviendo pesadilla, pero no hay otra cosa qué soñar.

OTRAS CONTRIBUCIONES DE PARTICIPANTES

7. SOBRE LA DEFINICIÓN DE LAS CLASES MEDIAS EN MÉXICO

MANUEL VILLA AGUILERA
Universidad Nacional Autónoma de México

La pregunta principal del seminario ha sido: ¿están por extinguirse las clases medias? Desde el punto de vista de lo que reportan una serie de indicadores socioeconómicos, de nivel de vida y de movilidad, se podría decir que, por lo menos, la tendencia indica un proceso de reducción de estos sectores. Sin embargo, desde el punto de vista sociológico, debe señalarse que, justamente por el tipo de indicadores de los que se parte, no sólo las tendencias observadas son efecto de apreciaciones parciales sino que, por ello, la pregunta es inadecuada.

En efecto, ha sido una larga tradición tratar de construir la imagen de los agrupamientos sociales a partir de una escala de clasificación exhaustiva, ya sea con criterios de clase o simplemente de estratificación. Este tipo de imágenes son válidas en tanto ven el orden social de acuerdo con los impactos de las relaciones de producción, o bien a partir de un indicador o un índice que revela impactos específicos, ya sean del ingreso, la educación, la ocupación o diversas combinaciones.

Tales procedimientos son analíticamente válidos según el tipo de propósitos que se persiga. Sin embargo, no son los más adecuados para entender y conocer la composición de una estructura social. Mucho menos lo son cuando ésta atraviesa por procesos de transición y recomposición, pues, justamente, pueden dar por desaparecido lo que sólo se transmuta o reacomoda.

Otro problema que presentan estos criterios es que su pretensión exhaustiva (encontrar un lugar en el esquema para cada sujeto) resulta un mecanismo reduccionista que, igualmente, puede dar por extinguido lo que simplemente no es reductible al criterio clasificatorio que se sigue.

El problema del estudio de una estructura social es que, por una parte, ciertos agrupamientos se definen en función de sus relaciones interdependientes y de conflicto, pero otros muchos, sobre todo los que ocupan las zonas intermedias, se definen por

una interdependencia que no es precisamente la de contraposición y conflicto. Esto se debe a que no son clases propiamente, lo que no significa que no existan como agrupamientos y mucho menos que no tengan una función sociocultural o política, según sea el caso.

Los sectores medios, como los conocemos a partir de la revolución industrial y de la gran transformación urbana que le acompaña, se definen por su relación, de diversa forma, con los sectores dominantes. Las clases medias han generalizado las pautas de éstos, han llevado a cabo tareas de intermediación en la empresa, la cultura y el gobierno y, sobre todo, han configurado bases de votantes que legitiman el orden de dominio y dan lugar a la formación de gobiernos representativos.

Con la aparición de las masas populares en el escenario político se propiciaron otros tipos de sectores medios. Esta vez unos resultaron afines a los sectores populares dirigentes de partidos y organizaciones y otros, los más influyentes y conspicuos, asociados a la amplia gama de actividades gubernamentales que trajo consigo la expansión del sector público y de la educación, medios de movilidad por excelencia.

México, cuyo desarrollo contemporáneo se ha verificado en el marco del capitalismo intervencionista, vio por ello acrecentarse considerablemente la proporción de estos sectores a partir de los años cincuenta y ha visto su paulatina crisis (deterioro de su posición socioeconómica y de su influencia político-cultural) a partir de los setenta.

Pero no sólo ello: en paralelo se contempla también el crecimiento de otro tipo, relativamente reciente, de sectores intermedios que se asocian a las formas más modernas de los servicios, la industria y el comercio, propias de la internacionalización del mercado y la transnacionalización de la economía. Estos sectores, ahora afines a las clases privilegiadas y a la parte sobre todo técnico-financiera y técnico-administrativa del sector público, tienden a sustituir a los sectores medios característicos del periodo del intervencionismo económico.

Por lo pronto, vivimos un proceso de transición en el cual los primeros pierden posición e influencia y los segundos la ganan. Además, observamos que los más antiguos se ven ahora obligados a buscar formas gremiales de organización que los aproximan más a los asalariados y los alejan, en términos relativos, de sus formas propias de participación (pero sobre todo de las que ahora siguen los que les sustituyeron).

Pero también debe advertirse que los agrupamientos medios

más recientes se gestaron en el seno de aquéllos característicos del periodo desarrollista e intervencionista; que se formaron en sus instituciones educativas y en las del sector público, y que sólo a partir de los setenta empezaron a tomar una fisonomía propia, a deslindarse de sus antecesores y a contraponerse a ellos. Ahora vivimos este proceso de redefinición cultural, socioeconómica y política entre unos y otros. Pero la verdad es que sabemos poco de todo ello, y por lo pronto caemos en el espejismo que lleva a suponer la desaparición de agrupamientos.

Todo este proceso, en suma, nos revela: primero, que no tenemos un conocimiento adecuado de los estratos medios gestados durante todo el proceso de intervencionismo económico (1950-1970); que desconocemos los rasgos del proceso por el que se generan los que ahora adquieren predominio; que de éstos sabemos todavía menos, y que estas tres grandes lagunas de conocimiento podrían estar conduciendo a plantearnos de manera inapropiada las preguntas y las hipótesis que tratan de contribuir a esclarecer los cambios que se observan en la estructura social.

En cualquier caso, cabe concluir estas reflexiones insistiendo en la importancia de llevar a cabo estudios de estructura social menos dependientes de criterios económicos y conmensurables, hasta no tener una imagen mucho más precisa y adecuada del tipo de determinantes que dan forma a nuestro orden social, a los "mecanismos" de configuración de sus agrupamientos, a los determinantes de su cohesión, a sus criterios de selección y reclutamiento, así como al orden de dominio, alianza y contraposición, que son propios de la estructura social mexicana y que determinan el orden jerárquico y las posiciones de los agrupamientos.

8. NOTAS SOBRE EL SEMINARIO "LAS CLASES MEDIAS EN LA COYUNTURA ACTUAL"

SAÚL TREJO REYES
El Colegio de México

Las clases medias, en los últimos años, han cambiado su carácter de manera significativa. Tradicionalmente, cuando menos a partir de la Segunda Guerra Mundial, dichas clases se habían ensanchado de manera constante a partir de la incorporación de grupos cada vez más amplios. El canal de movilidad había sido, sobre todo, la educación. A la mayor capacidad profesional de la fuerza de trabajo correspondió, por supuesto, la disponibilidad amplia de oportunidades de avance económico y social.

De tal manera, los procesos de crecimiento económico y estabilización social se reforzaron mutuamente. Durante los años del auge petrolero, sin embargo, puede hablarse de un desbordamiento de las expectativas sociales. No sólo se creía posible ascender a la clase media o mantener un lugar en la misma, sino que para un número creciente de integrantes de dicha clase, el ascenso a la clase alta era contemplado como una posibilidad más cercana que nunca.

A partir de la crisis que se hace evidente en 1982, parece haber cambiado radicalmente la percepción acerca de las posibilidades de movilidad social y económica en México. En un principio, la crisis, si bien severa, se visualizó como un fenómeno social al que, con suficiente esfuerzo y un poco de suerte, era posible permanecer ajeno. Sería tal vez más difícil encontrar las oportunidades, pero éstas seguían existiendo a través de los caminos tradicionales.

La realidad de los últimos años, sin embargo, es bien distinta. La duración del estancamiento de la economía, aunada a la creciente presión que ejercen en el mercado de trabajo los egresados de los distintos niveles del sistema educativo, representan una disminución significativa de las oportunidades de ascenso económico e incorporación a las clases medias. Al mismo tiempo, éstas ven crecientemente amenazado tanto su papel en la sociedad como sus perspectivas de vida.

El nulo crecimiento de la economía "formal" a partir de 1981 ha significado que las nuevas oportunidades de empleo han sido claramente insuficientes, en comparación con el incremento de la población económicamente activa. Al mismo tiempo, los niveles de salarios reales para los grupos medios han disminuido fuertemente a partir de ese año. Tal disminución es difícil de cuantificar; sin embargo, la del salario medio era, hasta mediados de 1987, de alrededor del 50%. La disminución en términos de ciertos bienes con alto contenido de importación, como los de consumo duradero, ha sido aún mayor. Y éstos tienen, sin duda, una elevada ponderación dentro de los satisfactores "símbolo" de la clase media.

Las perspectivas económicas, por supuesto, han sido muy distintas en diversas regiones y para diversos grupos sociales. En la frontera norte, caso extremo, si bien la crisis ha significado una disminución de los niveles de vida, ésta se ha visto compensada en cierta forma por la abundancia de oportunidades de empleo. En menor grado, tal ha sido el caso en muchas regiones del interior del país.

Al mismo tiempo, el fenómeno de la economía subterránea se ha desarrollado extensamente. Se desconoce su magnitud real; sin embargo, es evidente que las actividades que la conforman han absorbido a ciertos grupos de las clases medias. Sea de tiempo completo o sólo parcial, los ingresos así obtenidos contribuyen a mantener el nivel de vida de ciertos grupos de las clases medias. Tales grupos, por supuesto, han debido cambiar su comportamiento social y ocupacional.

Las implicaciones de este cambio en la realidad económica y en la percepción social de la misma son de primera importancia. Sin embargo, se carece tanto de marcos conceptuales adecuados como de estadísticas que permitan medir la magnitud de los fenómenos señalados. Así, la disminución del ingreso real de casi todos los grupos conceptualizados de alguna manera como "clases medias" —a excepción de aquellos que tienen ingresos provenientes de empresas propias— está cambiando los parámetros tradicionales de la relación entre nivel y estructura de consumo, por una parte, y la pertenencia a una clase, por la otra. Este fenómeno ha dado lugar a un cambio en los patrones de consumo considerados como "de clase media". Igualmente, está transformando los patrones de ahorro de las clases medias. Lo anterior tiene implicaciones de importancia tanto para las políticas sociales como para el comportamiento social y político de estos grupos.

Como resultado del efecto diferencial de la crisis sobre diver-

sos grupos de la clase media, ésta se ha tornado cada vez más heterogénea. De ahí la importancia de estudiar más a fondo estos fenómenos de cambio, que sin duda tendrán amplias implicaciones durante los próximos años.

9. CLASE MEDIA Y CAPITAL SOCIAL

LARISSA ADLER LOMNITZ
Universidad Nacional Autónoma de México

La clase media latinoamericana vive una situación de inseguridad económica: los permanentes altibajos de la economía y la inestabilidad de los sistemas políticos dificultan la reproducción de las clases medias. Esta situación objetiva de inseguridad va acompañada de lo que podríamos llamar una "cultura de la inseguridad", que hace que los miembros de las clases medias, populares y empresariales vivan tomando en cuenta la inestabilidad del sistema y actúen de acuerdo con ella, estableciendo mecanismos informales que garanticen a los individuos su supervivencia, sea de clase o física.

La estrategia básica de supervivencia para todos estos grupos sociales consiste en mantener y usar redes sociales o un "capital social" que actúa como colchón frente a los cambios del medio ambiente, en el entendimiento de que si las instituciones formales no ofrecen garantías de estabilidad, las relaciones personales sí lo hacen.

Cada individuo posee una red familiar de amigos y conocidos, quienes a su vez cuentan con sus propias redes. Estas redes, a su vez, se construyen de acuerdo con los principios básicos de la cultura, y su conjunto representa el "capital social" de cada individuo. La base de este capital es la familia, cada uno de cuyos miembros cuenta con parientes políticos y con amigos de la infancia, compañeros de escuela, colegas del trabajo, vecinos y conocidos. Potencialmente, si un individuo requiere de algún favor, puede recurrir a la intermediación de algunos de sus familiares o amigos cercanos para obtener el favor de un tercero. El conjunto de redes sociales de todos los miembros de una familia representan un capital social corporativo, es decir, un bien común.

En México, "la familia" —entendida culturalmente como unidad básica de solidaridad de la sociedad— es la gran familia trigeneracional. Esto significa que un individuo dado considera como su grupo básico, su unidad ritual, social y económica, no

solamente a sus padres, hermanos e hijos (como en el caso de la familia elemental), sino a sus abuelos, tíos y primos. Esto, de partida, hace que cada individuo pertenezca a un grupo mayor de individuos entre quienes existe un sistema de expectativas, de derechos y de obligaciones de ayuda mutua.

La sociedad latinoamericana, además, es bilateral, es decir, ese mismo individuo pertenece a otra gran familia (la familia materna, por ejemplo) en la misma forma. Además, si los abuelos, tíos y tías son cercanos, existe una gran posibilidad de que los miembros de las grandes familias de cada uno de ellos estén en estrecho contacto con ellos, lo cual amplía, considerablemente, su red de parentesco.

El capital social consiste, pues, no solamente en este núcleo central de parentesco, sino también, potencialmente, en los "parientes políticos" y amigos de cada uno de ellos, a los que se puede tener acceso vía su red personal.

¿Como puede convertirse esa red social en capital de otro tipo? En América Latina los contactos personales permiten a los individuos de clase media conseguir trabajo, préstamos, uso de vivienda y ayuda de muchos tipos, que eventualmente se traducen en mantener o aumentar su nivel de vida. Los intercambios —al interior de las redes sociales— se basan en la reciprocidad, como una forma de intercambio que tiene lugar dentro de un espacio de sociabilidad y cercanía social (o "confianza").

El intercambio recíproco no es de mercado, es decir, los servicios intercambiados no se pagan, sino que son parte del lenguaje de la sociabilidad y se rigen por reglas culturales muy estrictas, en las que la igualdad, el respeto y la confianza son la base.

La clase media parece ser el grupo más vulnerable frente a la crisis en la que actualmente vive la sociedad mexicana, ya que depende de empleos y salarios fijos para poder mantener un nivel de vida apropiado. En estos momentos, el uso de la reciprocidad y el capital social se incrementa. Por ejemplo, en el caso de la vivienda —fundamental para la clase media— se da a menudo que padres, abuelos y tíos ofrezcan soluciones a sus parientes jóvenes. Ejemplos del uso del capital social se dan también en la adquisición de empleos (vía intermediación y recomendaciones), acceso a servicios del Estado, cuidado de niños, préstamos de todo tipo, aportaciones para rituales, etcétera.

Otro aspecto importante del uso del capital social se da en la política. La clase media es una categoría muy amplia y difícil de definir, pero incluye lo que Djilas y otros sociólogos del campo de los países comunistas han llamado "la nueva clase", y que

se refiere al grupo que ocupa posiciones dentro del Estado y que, sin ser dueños de los medios de producción, sí controlan una parte de ellos y del producto social. Para esta "nueva clase" (o "clase política"), *la acumulación del poder* es lo que a la burguesía sería la acumulación de capital. El manejo de grupos, alianzas y controles de muchos tipos, incluso de conocimientos, representa la base para que estos individuos ocupen posiciones de poder. El "capital social", o sea la red de relaciones, es de central importancia para esta clase. Incluso podríamos decir que para llegar a acumular poder y escalar las más altas posiciones burocráticas es indispensable contar con capital social.

Finalmente, hay que aclarar que el uso de redes sociales no es exclusivo de las clases medias, ni de las épocas de crisis. Todos tenemos parientes y amigos con los que tenemos relaciones de intercambio. Mientras mayor inseguridad y escasez exista, más grande será la proliferación de dichos intercambios. Y para la clase media, estos momentos de inestabilidad, crisis y escasez (de empleos, vivienda y dinero para servicios), y de necesidad de mantener los símbolos de su estatus, son también momentos en los que hace mayor uso de sus redes sociales.

Para entender la economía, entonces, se deben entender las reglas culturales que permiten la acumulación del capital social. Sin entender los principios culturales que definen el parentesco y la amistad, no se tiene un cuadro completo de las estrategias de supervivencia de la clase media.

10. EFECTOS PSICOLÓGICOS DE LA CRISIS SOBRE LAS CLASES MEDIAS

AGUSTÍN PALACIOS
Médico psicoanalista

Si hacemos una generalización no exenta de dudas para el rigor científico, podemos afirmar que las clases sociales son bien definibles para el psicoanalista. Para ese propósito hemos de dividirlas, arbitrariamente, en tres grandes grupos, a saber: los grupos económicamente poderosos, las clases medias y los grupos pobres, entre los que destaca la enorme masa de marginados que pueblan, principalmente, los márgenes de los grandes centros urbanos.

Los dos grupos extremos, por extraño que parezca, muestran similitudes conductuales aunque su origen psicológico devenga de circunstancias harto contrastantes. Ambos adolecen en general de carencia de afectos, los unos por carencias materiales verdaderas, los otros por abandono afectivo en manos de terceros, aunque por otro lado estén materialmente sobrecompensados. El pobre, especialmente el marginado social, tiene la carencia como signo vital distintivo. Falta frecuente del padre, falta relativa de la madre a la que tiene que compartir con muchos hermanos y agobiantes quehaceres, falta de habitación adecuada, escasez de estímulos y pobreza de símbolos coherentes, pobreza de insumos alimentarios, abandonos frecuentes por muerte, cambios de domicilio, agresión de otros grupos sociales, explotación, etc. La frustración frecuente y la falta de continuidad de los objetos psicológicos tan necesaria para una sana organización mental determina un tono depresivo a su vida que, no raramente, se mantiene encubierto bajo el disfraz de actuaciones impulsivas o de fachadas maniacas a menudo aderezadas con alcohol o fármacos. El tiempo y los símbolos sociales compartidos por la cultura le son extraños, por eso deambula por la existencia fuera de los cauces comprensibles para los grupos dominantes. Estos grupos, junto con los pobres de las áreas rurales y de los tugurios urbanos, conocen la pérdida desde temprana edad y por ello toleran las frustaciones y las pérdidas nuevas con lo que parece un desenfado

ante lo habitual pero, en realidad, con el distanciamiento afectivo del deprimido crónico. Lucen, en consecuencia, mucho mejor armados para tolerar las crisis económicas que los sujetos inscritos en las clases medias.

Los de las clases altas, en general, son abandonados afectivos. El padre, ocupado en extremo en sus importantes funciones generadoras de dinero o de poder, les resulta en la infancia un personaje distante e inalcanzable que, a menudo, sólo constituye un hipersatisfactor de bienes materiales. La madre, demandada por las obligaciones sociales propias de su condición de esposa de importante, suele delegar el cuidado de la prole en manos mercenarias que cumplen su tarea sin la especificidad psicológica de la madre verdadera y, no raramente, con la agresión velada de quien resiente vivir en un ámbito de excedentes que no puede compartir. Son, como sus antípodas sociales, deprimidos por escasez de afecto, aunque la sobrecompensación material y la prepotencia propia de su clase otorguen un disfraz de exceso y refinamiento a su crónica tristeza. Las actuaciones antisociales y el consumo de fármacos costosos los hermanan en estilo conductual con los del otro extremo de la escala de ingresos. Su poder económico los hace conocer sólo por referencias las crisis financieras generales. Su intolerancia a la frustración los hace buscar goces accesibles para quien los puede pagar y tales estímulos les permiten mantener un equilibrio aparente salpicado por no raros momentos de hastío —nombre que engalana la depresión— y por una vaga angustia existencial que parece incongruente con el bienestar material.

En medio de ambos extremos, como su nombre lo indica, se hallan las clases medias, tan difíciles de definir para el sociólogo pero tan comprensibles para el parlar común. Lo que suelen compartir los miembros de esas clases es la estabilidad. Guiados por una clara actitud conservadora y sabedores inconscientes de su papel de guardianes de los valores sociales prevalentes, tienden a formar hogares estables —al menos hasta hace pocos años, antes de que el divorcio se convirtiera en moda tan actual y destructiva de la integridad psicológica de los menores. El padre, aun en los casos de divorcio, está psicológicamente accesible y la madre es un personaje frecuentemente dedicado por entero al cuidado de los pocos hijos, tarea que cumple con amor y constancia. El miembro de la clase media ha sido el beneficiario principal de los progresos económicos y las parciales políticas gubernamentales (los gobernantes, en su mayoría, han procedido de esas clases y tal vez su identificación con ellas haya determinado

inadvertidamente sus decisiones políticas). Paradójicamente, aunque el clasemediero cuenta con la mejor organización psíquica, con la mejor fortaleza emocional y con la más elevada tolerancia a la frustración, requiere de la estabilidad de su habitat para el óptimo funcionamiento de su aparato mental. De allí que, en épocas de crisis como la actual, luzca atónito y sufra mucho por lo que está pasando. Este personaje sí vive las pérdidas con franqueza expresiva, puesto que ni le son habituales ni cuenta con el cobijo del poder y del dinero en exceso. Cada variación hacia abajo de su capacidad adquisitiva representa una pérdida, y cada pérdida se acompaña de un proceso de duelo. Los duelos repetidos, inelaborables por su frecuencia, resultan en depresión, angustia ante el futuro y mayor dificultad para encarar con éxito las frustrantes circunstancias. Es esta clase la que sufre más con las crisis económicas.

Este libro se terminó de imprimir
en mayo de 1990 en
Grupo Edición, S.A. de C.V.,
Xochicalco 619, Col. Vértiz-Narvarte,
03600 México, D.F.
Se tiraron 1000 ejemplares
más sobrantes para reposición.
La edición estuvo al cuidado del
Departamento de Publicaciones de
El Colegio de México.

Centro
Tepoztlán